



JUAN ANDREU ALMAZÁN

Entrevistamos al general Almazán en su Hotel Papagayo, cuando este edificio de seis pisos era un hito en Acapulco, situado convenientemente frente a la Playa de Hornos, de arquitectura típica de los años treinta, habitaciones con balcón y vista al mar, todavía sin aire acondicionado. Lo rodeaba un jardín con varios “bungalows”, algunos de los cuales fueron las primeras construcciones que se hicieron en el amplio terreno de 128 hectáreas.

En el “penthouse” del hotel residía el general, a quien siempre encontramos a la expectativa, listo para la entrevista, sentado en un sillón amplio, ya que por el peso excesivo que tenía, se movía poco y con dificultad. Lo rodeaba un grupo de asistentes personales que atendían cualquier deseo del general, conforme escuchaban sus órdenes, dadas al estilo militar. De ellos recordamos claramente al capitán Báez, quien siempre estaba presente a nuestra llegada y quien parecía merecer su mayor confianza.

Bastante se ha escrito y dicho sobre la amargura que expresaba Almazán, no sólo por su derrota en la contienda a la Presidencia en las elecciones de 1940, sino por la serie de decepciones que experimentó al sentirse, en diferentes etapas de su vida, malentendido por muchos, calumniado por otros y varias veces defraudado por el gobierno.

En 1964, retirado de la vida pública desde hacía veinticuatro años, y distanciado de los golpes, las luchas y batallas perdidas, el Almazán que nosotros encontramos era un hombre que, en medio de su auto-enclaustramiento, parecía conforme, un tanto orgulloso de lo que le rodeaba y ansioso de que, a esas alturas, alguien se interesara por su actuación en la historia. Nos pareció un hombre simpático y acogedor.

Insistió en que nos hospedáramos en su hotel. El personal militar que lo rodeaba —servicio al que tenía derecho como ex general—, y el personal del hotel, nos colmaban de atenciones y trataban como personajes muy importantes. Nos pareció interesante ser conducidos a nuestra mesa en el comedor del hotel por una escolta militar.

Durante nuestro primer viaje a Acapulco para entrevistar a Almazán, se realizaban las elecciones presidenciales que instalaron a Gustavo Díaz Ordaz a la cabeza del gobierno. Le comunicamos al general que teníamos interés en observar lo que ocurría en los comicios el día 5 de julio. Él soltó la carcajada y nos dijo: “Vayan si quieren, pero no van a ver nada. El conteo de los votos se llevó a cabo de antemano y lo que ocurre hoy no es más que un acto simbólico del poder del PRI”. En realidad, no vimos nada.

Estando en el hotel, nos despertó uno de los muchos temblores que sacudieron la costa guerrerense en esa época, y nos hizo bajar asustados a la calle junto con todos los otros huéspedes. La mañana siguiente, al preguntarle a JAA cómo le había ido en el "penthouse" con el temblor, nos dijo que había sido poco intenso para preocuparle, pero que en caso de un terremoto, él ya tenía un plan de escape con ruta directa al jardín: había construido un techo de lámina de metal al lado de su balcón, sobre el cual se colocaría. Le bastaría activar una palanca para que se doblaran los postes que lo detenían, y él caería lentamente, sano y salvo al nivel de la tierra.

Sus allegados, algunos familiares cercanos y su biógrafo, hacían hincapié en el genuino interés que el general expresaba por su familia, de la que era una especie de patriarca que la mantenía unida. Lo describieron como un hombre sumamente generoso que premiaba los logros de los descendientes jóvenes y a la vez, les exigía mucho para hacerlos responsables.

Escribe Enrique Lumen: "Don Juan Andreu Almazán quiere entrañablemente a sus familiares... Tanto es así que les obsequió terreno para que edificaran sus casas en vecindad con la suya. Y han constituido una especie de villa particular en Coyoacán, cerrada por una valla de piedra a manera de fortaleza".

Agrega Lumen una anécdota interesante sobre Almazán: "Cuando andaba campeando por riscos y montañas, en sus largos y penosos años de guerrillero, llevaba invariablemente tras de sí una mula cargada de libros y periódicos".

Tuvimos suerte de haber logrado las entrevistas con el controversial general Almazán, ya que falleció sólo nueve meses y medio después de nuestra última conversación grabada.

3 de julio de 1964

James W. Wilkie (JW):

General, quisiéramos comenzar la entrevista hablando de su nacimiento, en dónde fue, qué hicieron sus padres, y qué recuerdos de familia tiene de esos años.

Juan Andreu Almazán (JAA):

Nací entre el once, el doce y el trece de mayo de 1891. No puedo fijar exactamente la fecha, pues cuando iba a mi tierra, a mi pueblo, a Olinalá del estado de Guerrero, en el Registro Civil está que nací el día once; en el curato donde me bautizaron dice que nací el día doce; y en una libreta que conservo de mi padre, dice: "Anoche nació mi hijo", cae el día 13 de mayo. De modo que celebro tres fiestas.

JW: ¿Qué hacía su padre?

JAA: Mi padre era un gran luchador que en cierto modo batalló siempre por la vida de todos nosotros. Tuvo doce hijos con mi madre. Mi tierra es un territorio muy pobre. Tiene poca tierra de agricultura, muy buen clima, muy fresco, agua, pero produce poco. De manera que en mi pequeño pueblo, los olinaltecos, mis paisanos, para poder subsistir, aprendieron a vivir del trabajo de la pintura. Esto lo han hecho por siglos, y antes que hubiera comunicaciones los olinaltecos salían con cajas, jícaras, y por toda la República, desde aquí de Olinalá, iban por tierra a vender hasta la frontera americana, hasta los Estados Unidos. Y por el otro lado hasta Guatemala, El Salvador, y todo eso, sin camiones, sin automóviles, con mulas cargadas, con burros, hacían viajes que tardaban cuatro o cinco meses. Naturalmente aprendieron a tener un trato más lícito que el de los vecinos; mis paisanos eran más adelantados intelectualmente. Pero sufrían mucho para sostener al pueblo y a la familia. Y mi padre fue uno de esos. Hasta que por fin salimos, cuando éramos chicos todos, a radicarnos a la ciudad de Puebla. Yo llegué a Puebla cuando tenía ocho o nueve años.

JW: ¿Qué nos puede decir de su madre? ¿De qué familia venía ella?

JAA: Venía de la familia Almazán, que es de aquí. Mi madre fue una señora muy prolífica que tuvo once hombres y una mujer. Todas las familias allí son muy prolíficas, y mi abuela tuvo, como mi madre, tres hombres y siete mujeres. Mi madre era de las más pequeñas. Ella fue para mí una santa, aguantando tanto diablo. ¡Soportar once hombres, era una cosa tremenda! Pero nos criaron y nos dieron buenos principios para la vida.

JW: ¿Comenzó usted a estudiar la primaria aquí en Guerrero?

JAA: Había un gran maestro que no sé de dónde había salido o por qué estaba en mi tierra. Era muy buen profesor. Maestro le decían todos. Pero le daba mucho al aguardiente. Era una maravilla de maestro, pero todas las tardes tenía que tomarse su botella de alcohol. Ese señor me tomó cariño y entre los dolores del aguardiente me empezó a enseñar las letras: el maestro Millán. Después fuimos a Chiauca unos dos años.

JW: ¿Usted no aprendió a tomar aguardiente?

JAA: Oiga usted, yo me pasé la Revolución, lo áspero de la Revolución, entre revolucionarios desesperados. Por ejemplo, estuve unos años con los zapatistas. Yo era un muchacho de veinte años y los otros eran unos hombrotos, muy mal olientes y querían luego sacar la pistola e insultar a medio mundo. Y yo de chiquillo flaco —yo era muy delgado—, pues tenía que hacer de tripas corazón para que la gente me respetara, porque si no estaba yo perdido. Entre esa gente el mejor modo de tener respeto es aceptar un trago cuando se lo ofrecen, eran unos vasos grandes, y tomaba yo lo que tomaban todos. Pero afortunadamente fui muy resistente al alcohol, no me hacía mucho efecto. Por otro lado, no fui afecto a tomar, no me acostumbré al alcohol; tomaba todo lo que se necesitara pero en momentos de apuro. Así me crié, con los zapatistas, con Zapata personalmente, con su hermano Eufemio, y con los principales jefes zapatistas que tenían mucha estimación por mí: Amador Salazar, Felipe Neri, que para mí fue el zapatista de más empuje en todo ese movimiento, Genovevo de la O, Chon Díaz.

JW: ¿En qué año se fue toda la familia a Puebla?

JAA: En 1899, porque el siglo XX ya nos encontró en la ciudad de Puebla.

JW: ¿Continuó usted la escuela allí?

JAA: En Puebla cursé unos años de primaria y luego entré a una escuela que fundó el arzobispo Ramón Ibarra y González, que era pariente mío y de la misma tierra.

JW: ¿Qué recuerdos tiene de su niñez en Puebla? Usted entró a estudiar a la escuela que fundó el arzobispo.

JAA: Él era paisano y pariente mío. Y yo estoy bien parado por todos lados, porque ino crea usted que soy cualquier gente corriente! A este tío arzobispo lo andan haciendo santo. Por otro lado, mi bisabuela de Chilapa era

descendiente del emperador Moctezuma, y por eso tenía pensión del gobierno todavía a fines del siglo XIX. Esta señora, mi bisabuela, también tenía un hermano, el padre Huesca, al que todavía muchas familias le rezan como santo. Para que vea, para irme a la Gloria tengo muy buenas recomendaciones.

JW: En 1900 la familia había salido de su tierra en Guerrero. ¿Por qué salieron para Puebla? ¿Qué tenía Puebla en esos años para atraer a su familia?

JAA: La cosa más formidable que pueda usted imaginarse. Éramos once hombres y una mujer, y naturalmente la única mujer y su madre no podían estar separadas sin verse todos los días. Y de repente a la única mujer se le ocurre casarse. Fue a pasear a un pueblo que se llama Chiautla, donde había muchos parientes y de allí salió comprometida a casarse con un señor Agustín Flores, y ella tenía que irse del pueblo, a Chiautla y a Puebla. Naturalmente, la hermana fue atrayendo a su madre, hasta que nos arrastró a todos, a todo el familión por la hermana única. Así fuimos a Puebla.

JW: ¿Cuáles son sus recuerdos de sus años allá en Puebla, de su escuela, de sus amigos, de sus actividades? ¿Fue usted deportista?

JAA: Después de mi tierra donde nací, Puebla es el punto habitado de la República que más he querido, al que más afecto le he tenido. Allí hice lo que todo el mundo hacía. Entonces no había deportes; jugábamos por espíritu de imitación algo de beisbol, pero éramos muy malos y no había más, y luego, pues a salir. En aquella época, cualquier periodo de vacaciones salíamos los estudiantes a nuestros estados, a nuestros lugares, donde estaban los familiares, y yo venía con frecuencia aquí a Guerrero, a Olinalá.

JW: ¿Qué carrera quería seguir?

JAA: Medicina. Ya estaba yo empezando a estudiar el tercer año de medicina cuando me fui a la Revolución, a fines de 1910. Cursé los dos primeros años de medicina en la ciudad de Puebla.

JW: Pero vino la Revolución.

JAA: Y me quedé esperando, siempre diciendo: “No, yo tengo que venir a acabar mis estudios, nomás me voy a ir tres meses, quizás seis meses; por un año, un año nada más”. Y al fin de la Revolución, allí me quedé.

JW: A los diecinueve años usted dejó sus estudios. ¿Qué pensaba de la Revolución al principio? ¿Tiene recuerdos del impacto de la Revolución, de lo que pensaba usted, y de lo que pensaban los mexicanos?

JAA: Entre los estudiantes había un gran espíritu, deseos porque la cuestión política en México mejorara enormemente, porque creíamos que así podría mejorar la situación social, la situación económica de los mexicanos. Por eso a todos los de aquella época nos interesó la parte política. Por eso todos seguimos al señor Madero, porque él, en su plataforma, terminaba con el lema: “Sufragio efectivo y no reelección”.

Desgraciadamente todo fue un mito, porque no había el sufragio efectivo. Por más que digan los ciudadanos de ahora que va a haber sufragio, que van a votar todos, que se respetará la voluntad popular; para nosotros ya es pura mentira.

JW: Sí, dentro de tres días viene la elección.

JAA: Y otra farsa. Porque van a decir que se respetó el voto, que ya se acostumbraron los mexicanos a comprender que no han podido tener el respeto para el voto. Que no han podido comprender por qué, cuando hubo la gran oportunidad de que se respetara el voto, que fue mi elección, que todo el mundo en México sabe que siendo candidato de la oposición gané con más del noventa por ciento. Pero entonces al señor Roosevelt se le ocurrió que no era conveniente que yo fuera presidente en México. Y así lo manifestó francamente.

JW: ¿Por qué?

JAA: Por torpe. Porque el señor Roosevelt y los elementos del "Brain trust" se imaginaron que los rusos tenían razón para que adelantara la humanidad, y por consiguiente había que obrar de acuerdo con los rusos. Usted se acordará que el señor Roosevelt hablaba de Stalin como "Joe". "Nos llevamos muy bien; somos muy amigos". Y nos fastidió. Hubo testimonios irrefutables de que el señor Roosevelt (allí en los papeles que le doy a usted están las pruebas) de plano dijo que yo no sería Presidente de México. Es decir, estaba dando a entender que estaban dispuestos a mandar tropas americanas, la marina de guerra americana, para que yo no fuera Presidente, sin la menor razón. No fue más que torpeza de él, porque yo había publicado desde el principio que yo era un revolucionario sincero, que era yo enemigo del comunismo ruso, pero revolucionario a la mexicana. No hay, de los que viven, nadie que pueda demostrar que hubo otra gente que le ayudara a Zapata como yo para iniciar la revolución agraria de México, que es la que dicen que ha dado la salvación al mundo entero. Pues Zapata y yo la iniciamos.

JW: ¿Cree usted que la Revolución de 1910 fue una revolución agraria?

JAA: ¡Absolutamente! Y no sólo que fue una revolución agraria sino que cuando rompimos con el señor Madero, en discusiones que tuve con él le dije que procedía injustamente al hostilizar a Zapata. Que teníamos la seguridad, yo sobre todo, que con esa actitud de Madero contra Zapata iba a provocar una guerra agraria, y que de esa guerra agraria, una de las primeras víctimas sería él.

Yo, un muchacho de veinte años, se los decía, y lo dije también por escrito. Estuve preso en la penitenciaría de México y allí están mis declaraciones que he sostenido siempre, lo que yo pensaba. Y salió la Revolución agraria como lo había pronosticado, y se murió el señor Madero.

JW: Desde el principio, ¿entró usted a la Revolución al lado de Zapata?

JAA: No, antes que Zapata yo entré a la Revolución con el señor Madero. Me metí a la Revolución siguiendo la huella de Aquiles Serdán, el primer revolucionario que verdaderamente me convenció. Aquiles Serdán era un jefe sincero, muy valiente, con muy buenos pensamientos y él estaba a las órdenes de Madero. Para mí, Serdán era superior a Madero. De modo que cuando mataron a Serdán en Puebla, yo estaba comprometido con él. A los pocos minutos que lo mataron, entré a su casa, vi el cadáver y vi las condiciones en que estaban la mamá, la hermana y la esposa de Aquiles Serdán, que estaba por dar a luz en unos cuantos días. Entonces yo, con el padre de la viuda de Serdán, un ingeniero Valle —ya Aquiles y su hermano Máximo estaban muertos—, me puse a ayudarlos, saqué colchones de la casa de Aquiles y en unas carretas —entonces no habían automóviles— me llevé todo al hospital de San Pedro, en donde logré que permitieran que fuera a refugiarse la familia Serdán.

Después de que cayó Aquiles, pues a mí ya no me quedó más que decir: “Pues ahora sí, ya empezaron los balazos; vamos a los balazos”. Y entonces fui a dar a San Antonio, Texas, siguiendo a todos los que habían huido para allá: Madero, la familia Madero, los Vásquez Gómez, Juan Sánchez Azcona, Arturo Lazo de la Vega, Zaragoza, infinidad de gentes. Y entonces pedí que me dieran —yo creía que los Madero nadaban en millones para la Revolución Mexicana— un barco para llenarlo de armas en California y entrar por Acapulco. Y luego comprobé que no tenían ni con qué comer. Vi que no era posible eso de los barcos.

Entonces, como era estudiante de medicina, los de la Junta Revolucionaria me nombraron como jefe del servicio médico de don Venustiano Carranza. Yo estaba dispuesto a cooperar en todo lo que pudiera, y resulta que después de algunos meses nos dimos cuenta de que don Venustiano tenía un miedo horroroso de venir a México, y aparte de eso, que él no era maderista; que era antimaderista, porque él era reyista y esperaba que llegara don Bernardo Reyes, que venía de Europa, para que le entregara el poder el general Díaz.

Por eso Carranza no quería entrar, nos estaba engañando y por eso me disgusté mucho con él y hasta que murió, muchos años después yo fui enemigo de él, por esos engaños que nos hacía.

Ya entonces los de la Junta Revolucionaria, que eran los Vásquez Gómez, Sánchez Azcona, Arturo Lazo de la Vega, al darse cuenta de que la familia Madero estaba tratando con representantes de don Porfirio Díaz para hacer la paz, nos indignamos todos nosotros los radicales que habíamos entrado a la Revolución para ganar la Revolución, no para venderla. Entonces nos vieron muy disgustados y me mandaron a decir: “Bueno, ahora se está levantando gente en todos los estados del centro de la República, y como

está ahora saliendo en la prensa que ya hay tratados de paz entre Madero y Porfirio Díaz, lo que es una desgracia, y con lo que se va a perder la Revolución, necesitamos de un individuo que vaya allá y hable con todos los levantados, advirtiéndoles que el individuo que vaya lleva el riesgo de morir en el camino porque ya a todos ustedes los conoce muy bien la policía de Porfirio Díaz, y al entrar a México se los van a echar al pico. “¿A ver, a ver, quién va?” Nos ofrecimos algunos, y dijeron: “¿Usted se ofrece para el sur?” “Sí señor, con mucho gusto”.

“Pues nadie de los que están aquí en San Antonio conoce el sur, Guerrero, Puebla, Oaxaca, Morelos, como usted. ¿Usted va?” “Sí, señor, voy”.

Entonces me vine, con instrucciones de la Junta de desbaratar todas esas intrigas y todas esas mentiras de paz entre Madero y Porfirio Díaz. Que dado el caso nosotros desconoceríamos al señor Madero en último análisis y nombraríamos a otro jefe de la Revolución, pero que la Revolución no transigía.

En esas condiciones me vine, facultado por la Junta Revolucionaria y llegué a Morelos donde estaba levantándose la gente, y allí me encontré con Zapata, y nos hicimos muy amigos.

JW: ¿Dónde se encontró usted con Zapata?

JAA: En un pueblo del estado de Puebla, en Tepexco. Pero allí era Morelos, era la zona. Me encontré con Zapata y con otros jefes que se habían levantado, pero andaban desorientados, no sabían qué creer respecto a la Revolución y a la campaña de don Porfirio Díaz, porque en Guerrero, en Huitzuc, también se habían levantado unos señores Figueroa. Pero esos señores Figueroa, sobre todo el principal, Ambrosio Figueroa, habían sido capataces de los hacendados españoles, de sus jefes. Y los Figueroa empezaron a hacer propaganda de que había que someterse a don Porfirio, porque ya el señor Madero hacía la paz en el norte, que ellos hacían la paz acá, y que era la obligación de nosotros someternos.

Entonces Zapata y yo le dijimos a Figueroa que íbamos a batirlo a él, que nosotros no aceptábamos ningún arreglo con don Porfirio. Y de allí se vino ya la lucha agraria.

Zapata era un hombre muy bien intencionado y muy agradable en el fondo, un hombre honrado, pero no tenía gran capacidad intelectual. Entonces yo asumí la dirección de momento, para amenazar a Figueroa, a combatirlo, y Zapata me apoyó completamente. De allí vino esa dificultad entre agrarismo y maderismo, esa división.

JW: Con la división usted se unió a los zapatistas entonces. Hay personas que han dicho que usted apoyó a Huerta. ¿Quisiera comentar sobre esto, y sobre los antecedentes y las razones que le asistieron?

JAA: Lo único que siento es que no puedo hablar días enteros de esta cosa, y yo quisiera sintetizar para tener los argumentos principales convincentes a la mano, con respecto a mi unificación con los elementos de Victoriano Huerta. De lo que hicieron, la infamia de matar a Madero, yo no supe nada, ni tuve que ver nada, ni siquiera el menor conocimiento de lo que iba a pasar. Ya después de una cosa que no tenía remedio, yo tenía que seguir viendo qué cosa podía hacer para servirle a mi país, a mi patria. Hay este antecedente: yo apoyé muchísimo a Zapata para aconsejarle —como era mi obligación, como era mi convicción—, dónde estaba la razón. Se lo dije al señor Madero: “Señor Madero, hace usted muy mal en hostilizar a Zapata. Usted debe comprender, darse cuenta que Zapata no es un bandido, y que no es un movimiento ligero que se puede sofocar nada más con un regimiento”, y allí lo digo por escrito: “que el movimiento de Zapata, el movimiento zapatista, es el clamor de todo un estado, el estado de Morelos, que reclama la tierra. La tierra está en poder de unas cuantas familias y debe repartirse a toda costa. Usted compre la tierra, expropiela, haga lo que quiera, pero usted véndale a todo el mundo su pedazo de tierra. Esa es la única manera de evitar una guerra agraria que pudiera perjudicarlo a usted”.

Madero no me hizo caso y entonces salí para Olinalá a fines de agosto de 1911. Ya iba yo para mi tierra cuando me cayó por allá Zapata, derrotado, dado a la desgracia, porque ya Madero había salido con su capricho de entregarle el estado de Morelos a los Figueroa. Despreciando a Zapata, ultrajando a Zapata, le había entregado el estado de Morelos a los Figueroa, y había hecho gobernador de Morelos al principal de ellos.

Los Figueroa eran de Guerrero, y aquí en Guerrero el otro hermano era gobernador también. ¿Qué clase de federación era esa? Zapata me mandó a alcanzar por allá por Gutiérrez, para Olinalá, en un pueblo que se llama Escamilpa. Me puso una comunicación, un recadito insignificante diciendo: “Protégeme, ayúdame; vengo a pie, ya traigo los pies amarrados con trapos porque en Chinameca —en donde lo mataron después— donde estaba yo con mi escolta de quince hombres, viendo un jaripeo, cuando de repente aparecieron trescientos hombres de Federico Morales, el segundo de Figueroa, abrieron fuego y nosotros tuvimos que dejar a los caballos adentro del corral y salir arrastrándonos entre los alambres, para meternos a los cañaverales, y así pudimos escaparnos. Pero tenemos varios días de venir a pie”.

Los rancheros aquí, los charritos, son muy malos para andar a pie, y este pobre Zapata que era un charro ejemplar, ir a pie entre el monte, sin comer... Bueno, cuando me encontró días después iba en perfecto estado de desgracia. Lo recibí, le di mis caballos, le di mis armas, y le dije: “No tiene remedio; ya ha pasado lo que le hemos anunciado al señor Madero”.

Ahora ellos inician la guerra de un modo tremendo, ultrajando mujeres en los ranchos a las familias y todo sin saber que también son maderistas ellos. Los que vienen no son los federales de Huerta sino los maderistas de Gabriel Hernández, de Cándido Aguilar, de Alfonso Zaragoza, una bola de maderistas que venían persiguiendo a Zapata, y batiéndolo con un odio implacable como si hubiéramos sido enemigos, no de ocho días sino de ocho años. Y en esas condiciones dije: "Pues no hay más remedio que juntar a mi gente", y luego puse comunicaciones a mis soldados, que acababa yo de licenciar y que acababan de llegar a sus casas, para que se volvieran a reunir. Y mientras tanto le di garantías a Zapata, y allá llegaban grupitos de zapatistas que huían de Morelos buscando a Zapata que estaba allá conmigo. En el transcurso de ocho días ya habíamos reunido mil hombres en Escamilpa; mil hombres, de los cuales como quinientos eran de Zapata y los otros míos. Y entramos a mi estado de Guerrero en donde Zapata me había conocido antes. Íbamos a tomar Tlapa Rica, que yo había tomado meses antes en la revolución de Madero, para hacernos de elementos, pero teníamos que pasar primero por Huamuxtitlán donde habían muchos españoles, comerciantes españoles con dinero. Entonces creí conveniente dar garantías a mi estado para que en Guerrero no hubiera abusos, porque en Morelos me había dado cuenta que los jefes zapatistas eran en ese sentido muy poco escrupulosos; consentían que la gente robara y que se apropiara de cuanto encontraban mal puesto, y yo no quise que eso pasara en mi estado. Dije: "No. Aquí tiene que haber orden".

Entonces, para entrar a Huamuxtitlán mandé gente de mi confianza por otro camino más recto, mientras yo con Zapata lo llevaba a dar una vuelta con su gente para que llegara mi jefe de confianza a Huamuxtitlán antes de los demás y pusieran unas escoltas en las oficinas públicas y en las tiendas de los comercios principales para que se respetara todo.

Llegaron después conmigo Zapata y todos los demás sin novedad. Pero eso fue el principio del fin, porque inmediatamente todos los jefes zapatistas —bueno, no todos, pero los más alborotadores, los que más hablaban— se pusieron a decir: "¡Oh sí! Almazán es muy agachupinado; no es revolucionario y ya puso guardia aquí", y empezaron a picar a Zapata. Entonces vino un cisma entre zapatistas y almazanistas, y yo no podía dar mi brazo a torcer y dije: "No. Aquí tiene que haber orden; en mi terreno no va a haber abusos de ninguna especie".

JW: En aquel momento, ¿actuaba usted como general, con sus propias fuerzas?

JAA: Sí, como general. Cuando llegué de San Antonio con facultades que traía, le di nombramiento a Zapata de coronel. Y también nombré coroneles a otros jefes como Álvaro Tepepa y Margarito Martínez, y nombré tenientes

coroneles a Amador Salazar y Felipe Neri. Yo daba los nombramientos y me reconocían como superior a mí, Zapata y todos, hasta que vino ese cisma.

JW: ¿Tuvo alguna relación con ese cisma Antonio Díaz Soto y Gama?

JAA: Aún no figuraba. ¿Ya entrevistó usted a Díaz Soto y Gama?

JW: Todavía no. Está enfermo en estos días.

JAA: Él también fue muy leal zapatista, y hombre muy bueno, honorable.

JW: Y con el cisma, ¿qué hicieron ustedes?

JAA: Con el cisma hablé con Zapata todavía. Ya habiendo esas dificultades dije: “Yo no puedo autorizar los desmanes de éstos, ni verlos. Entonces, lo mejor que puedo hacer es que Zapata se defienda y yo irme por otro lado. Y mientras que mi gente se quede en sus casas”.

Entonces hablé con Zapata y estuvimos de acuerdo en que se necesitaba la lucha armada para la cuestión agraria, pero que en esos momentos la fuerza de Madero entre el pueblo era tan tremenda que era una estupidez tratar de oponerse con las armas; lo mejor era esperarnos aguantando la situación a como se pudiera, mientras Madero se desprestigiaba más. Por lo tanto, había que prepararnos en toda la República. Zapata y yo convenimos que con el pretexto de que a mí me mandaba el gobierno de Francisco de la Barra—todavía no estaba Madero en el poder— a estudiar a Alemania una profesión, yo en México trataría de arreglar que me dieran la pensión para estudiar en Filadelfia, porque allí en Filadelfia ya podíamos tener un contacto con la frontera y tratar de que Pascual Orozco y toda esa facción muy fuerte que hizo la Revolución a don Porfirio, que se pasaran al lado de Zapata, a ayudarlo para reclamar el cumplimiento de la Revolución. Por eso estuvo de acuerdo Zapata que me fuera a México, para conquistarme a Orozco y a los orozquistas. Sin embargo, pasaba el tiempo, y yo en la ciudad de México estaba en condiciones verdaderamente difíciles; lo peor era que al tomar posesión Madero de la presidencia, a los pocos días me cogieron preso, y me metieron a la Penitenciaría en México. Estando en la Penitenciaría, estalló el movimiento de Orozco contra Madero que yo ansiaba para ayudarlo a Zapata. Pero yo estaba preso.

JW: ¿Cuál era el motivo de que usted estuviese preso?

JAA: Una cosa ridícula. El señor Madero, de un modo general para la familia y para él, me quería mucho, porque yo fui el consentido de la familia de Madero en determinado momento. Decían que yo era novio de su hermana Angelita, y me tenían mucho afecto su papá, su mamá, todos. Pero, como yo andaba hablando y diciendo y escribiendo, pues me metieron al bote por cariño. Lo peor era que hasta en mi casa, mi hermana, que era media leguleya, sugestionaba a mi mamá para que estuviera conforme, al grado de escribirle ella a Madero para solicitarle que “por favor” no me dejaran salir libre porque me iban a matar.

Durante todo el movimiento de Pascual Orozco contra Madero, que estaba muy fuerte, estuve en la Penitenciaría seis o siete meses incomunicado. Fue un movimiento que pronto pudo doblegar el gobierno de Madero, sobre todo con el general Huerta al frente de las tropas federales. Al irse extinguiendo este movimiento, ya se sentía la fuerza de Madero mucho más real, y ya no necesitaban ser tan exigentes contra los descontentos. De modo que en el mes de julio ya pude solicitar mi libertad bajo caución e inmediatamente que dejé la penitenciaría me salí de la capital de México.

JW: Algunos de los historiadores que han escrito sobre Madero han dicho que él no fue muy exigente con los descontentos; que permitió que los periódicos publicaran todo lo que querían y que no metió a nadie a la cárcel, y que debió haber sido más exigente para evitar su caída.

JAA: Bueno, eso de que no metían a nadie a la cárcel no es cierto, porque cuando estuve en la penitenciaría no estaba yo solo. Estaban gentes muy prominentes: el candidato de la vicepresidencia, Vásquez-Gómez; Rodolfo Reyes, el hijo del general Reyes; dos generales federales, Hurtado y Aguilar; el “agachado”, Banderas, de Sinaloa; estaba un sinfín de revolucionarios de Michoacán y de Guanajuato, como Cándido Aguilar y Gabriel Barrios. Madero, efectivamente, no era afecto de mandar matar a nadie. Pero tenerlos asegurados, eso sí que los tenían. Cuando salí bajo caución, en julio de 1912, luego me fui de México huyendo, sin dinero, a pie, por Xochimilco, Tulyehualco, a subir por la sierra de Ipalta para caer en Morelos. Pensé: “Llegando a Morelos, pues allí están todos los zapatistas mis amigos, y me voy para Guerrero”.

A los dos o tres días de haber salido de México fui a un pueblo que se llama Tlayacapan, allí cerquita de Oaxtepec. Yo iba amolado, escondiéndome entre el monte, que no me fuera a ver nadie, y me dije: “Voy a subir a esa loma para ver la plaza, y desde allí ver si hay gente armada o no la hay”. Iba yo muy despacito en esas laderas, cuando de repente me salieron ocho diablos:

—“Párese, usted es espía”.

—“No. ¿Espía de quién?”

—“Usted es científico”.

—“Científico no; un muerto de hambre. ¿Cómo científico?”

—“No, lo vamos a fusilar”.

—“Pues hombre, es una tontería lo que van a hacer ustedes”.

—“Ustedes, ¿qué gente son?”

—“Eso no le importa”.

Ni modo de contradecirles... “Vamos a llevarlo”.

Unos decían que me mataran; otros que no, que los acompañara. Por fin me llevaron al centro de la población y allí vi, mientras yo recorría la población con la escolta, que había unos 800 hombres armados, muchachos, to-

dos de 18 a 21 años, atletas, con sus grandes fusiles de infantería y hasta de a tres cananas carrilleras, como nosotros les decíamos: una acá, otra acá y otra acá. Quería decir que tenían muchas municiones, y las armas muy bien engrasadas y muy limpias. Y me dije: “Pues esta gente, ¿qué gente será? Admirable”.

Entonces, caminando, me llevaron a la casa donde había un portal y en donde estaban los jefes.

—“Aquí traemos a este bandido, espía”.

Pero hombre, Juan, ¿andas aquí?”

Eran los dos jefes zapatistas que valían más en esa época y que eran míos en absoluto: Amador Salazar y Felipe Neri; era una fiera para pelear ese Felipe Neri.

—“Hombre, ¿qué andas haciendo?”

—“Pues nada”.

—“A dónde vas?”

—“Voy para Olinalá”.

—“Pero, ¿cómo Olinalá?”

—“A Olinalá”.

—“Adentro”.

Me metieron a una tienda vacía, nos subimos sobre el mostrador, nos sentamos.

¡A ver, un trago! Y me sirven un vaso de aguardiente de caña, y otro para cada uno de ellos. Y tomamos. Entonces les digo: “Y bueno, ¿qué cosa quieren saber?”, porque les extrañó eso que yo viniera, “pues ¿no tengo yo obligación de ayudarlos a ustedes en su lucha?”

—“Pero hombre, ¿pues qué no sabes?”

—“¿Qué cosa?” “¿Qué cosa hay aquí que yo no sepa?”

—“No sabes que todos los jefes zapatistas tenemos orden de donde quiera que te encontremos te fusilemos?”

—“Orden?”

—“Y a mí, ¿por qué? ¿Orden de quién?”

—“Pues de Emiliano”, Dije: “¿De Emiliano?” Ah, ¡qué bonito!, y me puse a decir: “Hijo de quién sabe cuantas cosas. ¿Habrá un infeliz más malvado que él después de que me sacrificué, después de que dejé mi novia a Madero por este pelado sinvergüenza, cochino?” —me estaba oyendo mucha gente allí—. “Después que dejé toda mi situación. Era yo una especie de príncipe heredero, allí en el régimen de Madero, y dejé todo eso por defender a Zapata, el desgraciado jefe de ustedes, ¿Van a salirme con eso?”

—“Pero hombre...”

—“Bueno, pues cumplan con la orden”.

—“No señor. ¡No señor! Te acuerdas”, dijo Felipe Neri, “te acuerdas cómo tú fuiste el único que me diste la mano después de los combates de Cuautla, cuando quedé inválido y sordo y amolado por la bomba que me estalló en la mano al atacar a Cuautla, y que Zapata no me hizo caso, y me estaba yo muriendo de hambre y sin la menor esperanza de auxilio. Entonces fui a México, y te vi allí, al salir del hotel San Carlos, y tú no me conocías, creías que yo era un limosnero y me quitaste, y yo te agarré de la mano cuando empezabas abrir el automóvil y te dije: ‘¿Tú también eres tan desgraciado como Zapata?’”

—“Bueno, y tú, ¿quién eres?”

—“Felipe Neri”.

—“¿Tú eres Felipe Neri?” Cuando yo lo conocí, era un jefe formidable, y ahora estaba dado a la desgracia. “A ver, ábranse ustedes, los ayudantes rotos, súbanse”, y dije al chofer: “vamonos inmediatamente a la Secretaría de Gobernación”.

Allá estaba el licenciado Vásquez-Gómez, hermano del doctor Vásquez-Gómez, Madero lo había traído para la Secretaría de Gobernación antes de que llegara a la presidencia. Y entré abriendo puertas, hasta el fondo y dije:

—“Don Emilio, ¿pues qué Revolución es ésta? Mire usted al elemento revolucionario de Morelos más valioso, mire usted en qué estado lo traigo. No lo puede uno tocar porque apesta; tiene pus por todos lados. Le estalló una bomba en la mano y Zapata no lo quiso ayudar. ¿Cómo es posible que pasen estas cosas? Al jefe más valioso, al más valiente, al más decidido”.

—“A ver, ¿qué quiere usted?”

—“Pues en primer lugar una recomendación para que lo lleve yo ahorita a un hospital. Y luego, pues unos centavitos”.

—“A ver, pues, al hospital Juárez que lo auxilién, y luego que le entreguen a usted tres mil pesos”.

Salí de allí y le dije a Felipe Neri: “Esos tres mil pesos escóndelos bien, te han de servir; guárdatelos por allí, y tú te has de quedar aquí”.

Desde entonces ya no volví a ver a Felipe Neri. En el hospital lo trataron muy bien, volvió a la vida con mucha habilidad, con mucha energía y me lo fui a encontrar levantado en armas allá.

Y Amador Salazar era por el estilo. Eran los dos jefes más valiosos de Zapata. De modo que usted comprenderá por qué razón cuando les llegó el orden de Zapata que me fusilaran dijeron: “No, no señor”, y me dijeron ellos: “Bueno, nosotros sabemos que tú tienes razón, Emiliano es un infeliz”.

JW: ¿Por qué Emiliano quería matarlo?

JAA: *Wait a minute.* Le digo a usted que fue por falta de intelectualidad, por falta de malicia, por extremada creencia en los chismosos que lo rodeaban.

Nos tomamos unas copas y me dijo Neri: "Bueno, entonces, nosotros, ya con esta explicación, nosotros, con nuestras tropas te vamos a dejar a Guerrero. ¿Por dónde te quieres ir? Por los caminos reales hay puro federal; por las montañas hay puro zapatista. ¿Cómo vas a pasar?"

—"No, pues voy a ver cómo me voy huyendo".

—"No, señor, nosotros te vamos a dejar a tu tierra, Olinalá, con toda nuestra tropa, y si nos encontramos a Emiliano que nos estorbe, le echamos trancazo a Emiliano". Yo les dije: "Hombre, no acepto eso, porque ustedes mismos me acaban de decir que a Zapata le han hecho creer que yo lo he traicionado, y por eso es que me quiere matar. Si ahora vamos a resultar, con que ustedes van como mi tropa contra Zapata, ¿qué va a decir todo el país? Que tenían razón los que me intrigaban. No, yo no".

—"Entonces que vas a hacer?"

—"No, yo no llevo mil hombres de ustedes; denme veinte hombres escogidos, veinte hombres de los de confianza de ustedes, con esos me voy".

Y con esos me vine para Guerrero, a entrar por Ixcateopan, pues allá andaba un jefe amigo mío, Jesús Sánchez Salgado, y otro asistente mío que se había venido cuando caí preso, Porfirio Barrientos, que había juntado como cuatrocientos o quinientos hombres muy bravos, y ya allí yo podía poner mi columna con toda tranquilidad.

Pues con esos veinte vine a dar acá. Después de eso Zapata, todavía en su tontería, no comprendía que llevaba la de perder. Ya no podía fusilarme, porque yo ya estaba con mi gente, pero se puso a dar órdenes verdaderamente estúpidas para molestarme, para castigar una falta que yo no había cometido, cuando era todo lo contrario, que no había yo hecho más que ayudarlo. Se puso a dar órdenes de que todo el estado de Guerrero se pusiera a las órdenes de un indito infeliz, un general que no sé ni de dónde salió, Julio Gómez, y que todos quedábamos a las órdenes de ese señor. Era un pobre diablo, no tenía nunca más de veinte hombres. Nosotros aquí, con Salgado y la parte esa de Iguala, teníamos como dos mil hombres. Aquí, en la costa grande, Mariscal que estaba atacando Tecpan, que iba a atacar Acapulco. Cuando llegamos nosotros, tenían como tres mil hombres. Y luego Abraham García, por acá, por la costa chica, como con mil hombres. Teníamos por todo como seis mil hombres, aguerridos y bien armados. ¿Cómo nos íbamos a poner a las órdenes de un tipejo que era un capricho de Zapata, con veinte pericos que andaban cometiendo raterías por allá por los ranchos, y que no ha oído un tiro nunca?

Bueno, ya vio usted por qué nos separamos Zapata y yo. Por la tontería de él. Pero el origen de ese disgusto de Zapata no fue maldad de Zapata; fue estupidez, porque, imagínese que yo iba en huida del presidente de la Repú-

blica, que nos empezaba a perseguir muchísimo a Zapata y a mí aquí en el sur. Entonces venía la columna del general Victoriano Huerta, una columna de dos mil quinientos o tres mil federales, a acabar con nosotros. Pero aparte de eso, venían ocho o diez mil maderistas. Esos sí nos perseguían con ganas, no los federales. Entonces, con esa avalancha de gente que venía contra Zapata, no contra mí, llega un correo, una orden al general Huerta: “Va el teniente coronel Fortino Dávila, Jefe del Estado Mayor Presidencial, del presidente De la Barra, a tratar de hablar con el general Almazán; dñle toda clase de facilidades”.

Me comunicaron a mi campamento que de parte del general Huerta venía el Jefe de Estado Mayor del presidente De la Barra diciéndome: “Tengo instrucciones de darle facilidades para que hable con usted”.

—“Pues muy bien, muchas gracias”, y lo esperé. Y fue y habló conmigo: “Hombre, pregunta el señor presidente De la Barra, ¿por qué anda usted levantado en armas? Que no cree que haya un motivo en su gobierno para estas cosas”.

Y le dije: “No, yo tampoco tengo motivo. Lo que pasa es que el motivo lo tienen, no los federales; el motivo es el señor Madero que no quiso hacernos caso y ha procurado acabar con Zapata, y con el movimiento, no se llamaba agrario, el movimiento popular del estado de Morelos. Eso es todo, que respeten tantito”.

—“Bueno, pues si usted no tiene inconveniente de ir conmigo a México”.

—“No, señor”.

Zapata estaba allí conmigo y hablamos, y le dije: “Es una temeridad que pretendamos pelear contra Madero ahorita. Si ellos nos invitan a hacer la paz provisional, pues creo que debemos hacerlo, y así yo tengo tiempo para hablar con otros jefes de la República para que no nos dejen solos, para que la Revolución siga adelante”.

Zapata estuvo de acuerdo: “Hombre, sí vete”, y le dije a Zapata: “Pero yo voy a hablar por mí, porque a mí me invitan; no voy a hablar por ti. Tú me haces el favor de poner dos jefes que sean de tu absoluta confianza, para que ellos oigan todo lo que hablo con el Presidente y lo que diga el Presidente respecto a ti, y tú escoges lo que te convenga”.

—“Pues muy bien”, me dijo Zapata.

—“A quiénes crees que pueda yo mandar contigo”.

Le dije: “Para mí es indiferente; manda a los jefes de confianza que tú quieras”.

Entonces mandó a dos de sus jefes, para que me acompañaran a México, a Trinidad Ruiz y a Jesús Jáuregui, que eran los de confianza de él. Mandó a los dos, los llevé a México, llegué al Hotel del Jardín. Íbamos medio brujas,

yo diariamente les pagaba el Hotel del Jardín; ellos tenían su cuarto y yo vivía allí también, y diariamente en la mañana les decía: “Bueno, aquí tienen para la comidita veinte pesos. Ustedes váyanse a pasear, y a la hora que vayamos a la Presidencia a hablar con el Presidente yo les hablo para que oigan todo.

Así estuvimos varios días. Hubo consejo de ministros, hablaron de mi pensión, que me fuera yo al extranjero, y que Zapata tenía que salir del estado de Morelos, que le iban a comprar un rancho en Veracruz y no sé cuántas cosas.

—“Muy bien, ya oyeron muchachos, lo que ofrece el Presidente. La cuestión es que yo voy a ver qué resuelvo en lo mío, y a Zapata ustedes le explicarán todo lo que han oído”.

Veníamos así, llegamos de vuelta ya para irnos con Zapata, donde estaban mis caballos y mi gente, cuando llega un telegrama de la Secretaría de Gobernación, en el que me decían: “Es indispensable que no vaya usted a salir a ver a Emiliano Zapata antes de que llegue un enviado de nosotros”. Entonces dije al general Huerta: “Me voy a quedar aquí un poco más porque recibí un telegrama”. Me quedé ese día, y al día siguiente llegó un coronel Jacobo Jarutian y le dije: “¿Qué pasa, de qué se trata?”

—“De lo que se trata es que no queríamos que salieras tú. Te va a matar este bandido”.

—“Pero ¿por qué?”

—“En la Secretaría de Gobernación, la policía secreta de Gobernación ha investigado esto. Desde la primera noche que dormiste en el Hotel del Jardín con tus amigos zapatistas, vinieron al mismo hotel como a las dos de la mañana gentes de Raúl Madero a sacarlos del hotel”.

—“A sacarlos, ¿para qué?”

“A sacarlos para decirles que no fueran torpes, que no fueran tontos, que tú no eres más que un gancho para matar a Zapata; que lo que debía hacer Zapata llegando allá todos ustedes es hacer un consejo de guerra y fusilarte”.

—“Pero hombre, que raro está eso, después de lo que yo he hecho por Zapata, después de que Zapata me debe tener en un altar de agradecimiento. La cosa es que yo no le debo nada a Zapata y él me debe todo a mí. ¿Cómo es posible?”

“Pues sí señor, y para hacerlos creer a estos pobres tontos Raúl Madero personalmente —Raúl Madero vive, era gobernador de Coahuila hasta el año pasado—, hermano de Francisco Madero, les entregó de parte de su hermano Francisco diez mil pesos y le mandó una pistola elegantísima a Zapata, y otra para su hermano Eufemio, y un sombrero galaneado que vale dos mil pesos a Emiliano Zapata. Bueno, llegan éstos, y lo que llevan ellos de

carabinas y polainas y todo vale treinta mil pesos, para que te liquiden cuando llegues allá”.

Ya con esas pruebas dije: “No, ya no merece Zapata que me preocupe por él, que me pague con todo esto. ¡Al diablo con Zapata!”

Así es que me puse a hacerle una carta: “Estimado Emiliano: Está bueno que hables con tus enviados Jáuregui y Trinidad Ruiz, y que les exijas qué compromisos adquirieron de lo que tú tienes que hacer conmigo. Como ya te conozco tus debilidades de quedar bien con todos, pues mientras averiguamos y no averiguamos, tú eres capaz de matarme y yo no tengo necesidad de que me pagues así con esa felonía, después de todo lo que hice por ti. De manera es, que Dios te acompañe, ya me pongo en contacto con mi gente para que se vayan a sus pueblos, que ya se vayan retirados, pero que no te hostilicen para nada hasta esperar mejores tiempos”. Así me despedí de Zapata.

JW: ¿En qué fecha?

JAA: Eso fue en los últimos días de septiembre de 1911. Entonces, en esas circunstancias me quedé en México, viendo cómo me entendía con los de Chihuahua, el asunto de mi pensión y todo, hasta que viendo los de Madero que no me había liquidado Zapata, me aprehendieron en México, y la pobre de mi hermana creyendo que me hacían un favor con tenerme preso.

JW: ¿Cuántos meses estuvo usted encarcelado?

JAA: Desde enero, primeros días de febrero, hasta julio de 1912. Durante el tiempo que estuve prisionero había gentes con Madero que me querían mucho, por ejemplo, su secretario particular, Juan Sánchez Azcona, y sobre todo su familia, la esposa de él, Cholita, me querían mucho y me defendían. Entonces Juan Sánchez Azcona, para ver si me podían sacar de la prisión, habló con el señor Madero y le dijo: “Hombre, pues este muchacho Almazán, ¿por qué está preso? Hace tanto tiempo que empezó con nosotros, con Aquiles Serdán y todos esos. ¿Qué fin va a tener allí?”

Entonces el señor Madero, que en el fondo también me tenía cariño, por el contacto con la familia, dice: “Está bueno, Juanito. Que manden a Almazán, que me lo traigan para acá, de la penitenciaría”.

Y un buen día me llevaron al Palacio Nacional, donde estaba el Presidente despachando y me dijo más o menos: “Ya ve usted, por andar con muchachadas. ¿Cómo está en la prisión? ¿Cómo está?”

Dije: “Pues muy bien, señor Presidente, muy bien”.

—“¿Cómo muy bien? ¿Está contento?”

—“Pues yo, señor Presidente, ¿qué quiere que haga? Yo tengo que buscarle a la vida la buena cara, ¿por qué me voy a estar quejando?”.

—“¡Ah! ¡No se le quita lo muchacho! Bueno, le voy a dar a usted mil carabinas”. Y no recuerdo si me dijo una cantidad de dinero: de 100,000 o

200,000 pesos. Voy a poner a la disposición de usted todo eso, para que inmediatamente me organice usted dos cuerpos de rurales con la gente que dice usted que es gente muy buena. Organice dos cuerpos de rurales para ir a luchar en la campaña contra el bandido ese de Zapata". Le dije: "Pero, señor Madero, ¿en qué quedamos? Usted con que es bandido, y yo que no. ¿No nos podemos poner de acuerdo?"

—“No señor. Yo soy el Presidente de la República y ahora se hace lo que yo estimo conveniente. De manera que usted va a organizar esos cuerpos de...”

—“Señor Madero, yo no puedo; lo siento mucho, pero yo no puedo. ¿Cómo voy a mandar a un soldado para batir a Zapata, si yo se lo he dicho a usted en público, en la prensa, que Zapata tiene razón. Emiliano Zapata tiene razón en todo lo que proclama, en todo lo que defiende”.

—“No se le quita a usted lo altanero, y lo tengo que doblegar”.

—“Pues bueno, señor, pero es un poco trabajoso, porque yo ya soy así”.

—“No señor, usted va”.

—“No señor”.

—“Usted va con esos regimientos que le voy a dar”.

—“No señor, no puedo; perdóneme, no puedo”.

—“Usted tiene que ir”.

—“Pues no señor”.

—“Pues sí señor”.

—“Pero señor Madero, ¿cómo quiere usted obligarme a aceptar armas que en el momento que yo disponga de ellas se van a utilizar para batirlo a usted?”

—“Este muchacho necio... ¡Sáquenlo, llévenlo, que se pudra en la penitenciaría!”

Hasta allí estaba bien la cosa, pero las gentes de allí de la presidencia se dieron cuenta; había espías zapatistas revolucionarios por todos lados. Se dieron cuenta que Madero me había llamado para entregarme mil carabinas y dinero para armar dos cuerpos, y antes de que yo fuera a dormir esa noche ya Zapata lo sabía en Morelos, y por eso Zapata dijo: ¡“Qué razón tenían Jáuregui y el otro cuando llegó Almazán, que me dijeron que yo lo debía matar! Si no pude entonces, pero, ahora sí se presenta por acá, fuego”. Y dio esas órdenes.

De allí vino la cosa. Y cuando después quedaban en el campo en la Revolución, Carranza por un lado, que era un viejo al que yo no le veía cara de revolucionario por ningún lado; y por otro lado, Pancho Villa, que era un perfecto bandido. ¡Yo qué iba a ponerme a las órdenes de Villa! Entonces, ¿quién me quedaba para aliarme? Usted ve que para mí el más noble era Zapata, porque como quiera que sea, a pesar de las órdenes que dio de

matarme, Zapata no era sanguinario. Cometió fechorías por sugestión de otros pelados. Pero él en el fondo era noble.

Pues me fui con Zapata. Pero antes de irme, cuando yo venía del campo delahuertista que se licenció del ejército, yo salí con una columna muy buena rumbo a Guerrero, aquí a Guamostitlán. Y estando en Guamostitlán mandé mis avanzadas a Tlajiltepec, porque supe que había muchos zapatistas en Tlapa, que había como cinco mil zapatistas. Me dije: "Pues yo no sé si esos zapatistas son los que van batiendo, entonces los que van batiendo que tomen sus precauciones". Y mandé un agente, que se estableciera en un lugar apropiado para rechazarlos, cuando es que venían tirando muchos cohetes y creíamos que ya los estaban atacando a balazos. Entonces me dijeron: "No señor, si no son balazos".

—“¿Qué cosa es?”

—“Son cohetes”.

—“¡Cohetes! A ver, vaya uno a preguntar qué quieren”.

Eran todos los jefes zapatistas de Tlapa, como doscientos generales, pura gente mía, de Guerrero, que yo había levantado al principio. Y cuando llegaron donde yo estaba, nos reconocieron y dijeron que ellos no iban a pelear, que no eran tiros, eran cohetes. Ellos lo que querían era hablar conmigo. Cuando llegaron les dije: “Bueno, ¿qué traen ustedes?”

“Pues señor, ahora estamos en un conflicto. Usted viene aquí del campo huertista, pero todos nosotros, antes que zapatistas, fuimos almazanistas. Entonces, como sabemos cómo estuvo todo, y que fue una injusticia del general Zapata lo que le hizo a usted, nosotros queremos decirle al general Zapata: “Oiga usted, aquí tiene que mandarnos a nosotros el general Almazán”. “Si el general Zapata acepta, muy bien; pero si rehúsa, entonces, señor, nos vamos todos con el general Almazán. Si es contra usted, lo sentimos mucho”.

—“Bueno, pues a mí se me hace una cosa difícil aconsejarles, porque si ustedes ya están comprometidos con Zapata...”

—“No señor, nosotros tenemos todos los antecedentes de todo lo que ha pasado. Lo que queremos es que usted nos haga favor de hacer una carta para el general Zapata recordándole todo esto. Y ya Zapata que diga si quiere que sigamos con él, será con usted; si no quiere, entonces que no cuente con nosotros, pero haga usted esa carta. Entonces le escribí esa carta a Zapata, por allí la tengo. Así volvimos a hacer las paces en San Ángel Inn, en México, y fuimos compañeros otra vez. Desde esa época fuimos a atacar a Puebla y al Distrito Federal”.

JW: ¿En qué fecha fue?”

JAA: Debe haber sido cuando cayó Victoriano, cuando los tratados de Teoloyucan, en julio y agosto de 1914. Y desde entonces fuimos compañeros otra

vez, hasta que murió Zapata. A mí me tocó perseguir al que lo asesinó, a Guajardo. Allá fue a dar al norte, donde yo estaba de jefe de operaciones cuando Guajardo se levantó.

JW: ¿En qué año?

JAA: En 1920, seis años después de que nos reconciliamos con Zapata y un año después de que Guajardo lo mató; a Zapata lo mataron en 1919.

JW: Al surgir Huerta en 1913, durante la escena trágica, ¿dónde estaba usted?

JAA: Yo no sabía de chismes de la Ciudad de México. Yo estaba aquí, amenazando a Acapulco; aquí en Tecpan. Tecpan de Galeana estaba en poder del general Mariscal, Julián Radilla, y otros que habían tenido mucho éxito. Yo vine con Jesús Sánchez Salgado, Chon Díaz, y otros jefes de la parte del norte del estado, y Abraham García y otros que andaban por aquí. Veníamos todos a concentrarnos, para juntarnos con Mariscal, que había acabado con los federales en Tecpan, veníamos a atacar a Acapulco. Cuando estábamos alistándonos para atacar a Acapulco, llegó un enviado de allá, un coronel Martín Vicario, de los que andaban con Huerta pero de origen revolucionario; llegó con un oficio del jefe de operaciones, de un general de aquí de Acapulco, creo que es Osaya; mandaba un pliego para todos los jefes, diciendo que el señor Madero ya no era presidente porque había muerto, y que el presidente actual era el general Victoriano Huerta, por designación del Senado o de las cámaras, del Poder Legislativo. Y decía que como todos nosotros lo que traíamos era la lucha contra Madero, y como Madero había acabado, creían ellos que ya no era justo pelear más, matar más gente, por lo que invitaban a que fuera una comisión a México, a hablar con las autoridades. Entonces nos juntamos todos los jefes, y yo era el más mitotero, porque dijeron que invitaban a ver quién iba a México a hablar con el general Huerta, y yo de babosote, porque tenía una novia en México, dije: "Yo voy".

Los otros jefes, de rancho, de campo, tenían miedo; pero yo era, no digo que atrevido sino tonto, y dije: "Yo voy". "Bueno, que vaya Almazán con Chon Díaz y con Celso". "¡Entonces vamos", y nos fuimos. Entramos aquí a Acapulco, nos recibieron los "federales" con muchas atenciones; esperamos aquí un barco, el *Coahuila*, en el que nos fuimos de aquí a Salina Cruz. De Salina Cruz tomé el tren por Tierra Blanca, por el Istmo para subir a México, y allí entonces vi a Huerta. Ya lo conocía, pero no como Presidente. La primera noticia que supimos de lo que había pasado en la Ciudad de México la tuvimos entonces. ¡Si donde andábamos había pasado un mes y no teníamos noticias de nada! ¡Estábamos aislados en las montañas!

JW: Entonces entró al lado de Huerta en 1913, con grado de general.

JAA: Sí, naturalmente.

JW: Durante el periodo de Huerta en la presidencia, ¿cómo actuaba usted? ¿Qué posiciones tenía?

JAA: Yo era militar.

JW: ¿En la ciudad?

JBA: No. Casi todo el tiempo de Victoriano Huerta me tocó actuar bajo las órdenes de un gran jefe que tenía el ejército federal, el general don José Refugio Velazco. Para él yo fui gente de su confianza, porque me llamó cuando llegué allá con él. Huerta me había querido mandar con varios jefes: con el general Olea, con el general Rasgado, con el general Demaure. A todos con los que iba yo a salir les decía Huerta que debían liquidarme en la primera oportunidad. Las mismas órdenes que les dio a todos esos, con los que yo no pude salir por ciertas circunstancias, se las dio al general José Refugio Velazco, con quien por fin salí de México; íbamos a recuperar la plaza de Torreón, que había tomado Villa. El general Velazco me llegó a tener una confianza ciega, no sé por qué. Fue cariñoso y muy afectuoso el viejo, y un gran soldado.

Salimos de la Ciudad de México y al día siguiente, no sé por qué no íbamos por San Luis, sino que dábamos vuelta por Aguascalientes. No pasamos por la villa municipal, sino dando la vuelta por Aguascalientes a San Luis, y de San Luis, a Saltillo. Muchas villas estaban destruidas totalmente. En el pulman del general Velazco yo llevaba cama y al llegar a Irapuato me dijo el ayudante, que era hijo del general Velazco, Salvador: "El señor general Velazco desea hablar con usted". "Muy bien". Me paré, fui adonde tenía su gabinete, en el pulman, y el general Velazco me dijo: "Siéntese, compañero". "A sus órdenes, mi general". "¿No quiere una copita de coñac?" "Pues sí, señor". Sirvió de una anforita con vasitos de metal dos coñacs.

—"Muy bien. Ahora hágame el favor de platicarme algo de su vida. Quiero que me hable con toda sinceridad, porque seguramente no ignora usted las órdenes que yo traigo".

—"Ah, no, eso ya me lo imaginaba: que me escabeche usted por poca confianza en el primer combate que haya. Ya me lo hizo el general Olea allá por Guerrero. No me quiso matar porque fue buena gente, pero las órdenes le llegaron de México".

—"Bueno, pues platique. Ya sabe usted todo eso; ya malicia usted todo eso. Platíqueme".

Entonces le platiqué todo. Y dijo el general Velazco: "Bueno, compañero, creo que usted tiene razón. Creo que me ha dicho la verdad. De modo que de aquí para adelante usted tiene toda mi confianza para ayudarme en esta empresa tan trabajosa". Entonces dio órdenes, había reorganizado los regimientos y batallones, y habían sobrado muchos sargentos, muchos cam-

bios. Venían en derrota desde Torreón, de la columna del general Munguía. Para reorganizar cuerpos completos sobraba mucha gente, y por eso me dijo Velazco: “Los va usted a mandar, y allí viene llegando la caballada del Colegio Militar. Usted la va a recibir, y por lo pronto me va a reorganizar el XXVI Cuerpo Explorador, un cuerpo especialísimo con puros veteranos y la caballería del Colegio Militar.

Lo organicé y fui la vanguardia de la columna del general Velazco. Así empezamos a pelear.

Fuimos a Torreón, luego rumbo a Durango. A mí me dejó de jefe de la guarnición en San Pedro de las Colonias, en la mera tierra de la familia Madero. Eran puros parientes del señor Madero.

Los primeros días no me podían ver, pero luego que los empecé a tratar y a explicarles, pues ya todos se habían hecho almazanistas. Así estuvimos cuando vinieron los combates fuertes de Villa, allí en Torreón, primero en San Pedro, y luego en Sacramento. En Torreón peleamos bajo las órdenes del general Velazco, que se manejó siempre como un gran general, hasta que se acabaron las municiones y tuvimos que evacuar Torreón después de quince días de estar peleando todas las noches. Invadían nuestro territorio, nos quitaban trincheras. Y al día siguiente en la mañanita entrábamos y los echábamos fuera. En quince días Villa no pudo hacer nada; estaba agotado como nosotros, pero nosotros ya sin municiones. El general Huerta había mandado a un grupo de generales a darnos auxilio. Pues tuvimos que ir a darles auxilio nosotros a ellos, porque no avanzaron. Eso es lo que me tocó de la Revolución con Huerta. ¿Qué más?

JW: Quería preguntarle algo de la familia de Madero. Se discute si Francisco fue el verdadero presidente o su hermano Gustavo, o si su familia tenía tanta influencia sobre él que Madero no era el que gobernaba, que no tenía el carácter para ser el verdadero presidente. Quisiera comentar sobre esto, porque usted conocía muy bien a toda la familia.

JAA: Para mí es desagradable opinar sobre la familia del señor Madero, porque, en primer lugar la mamá del señor Madero, el padre del señor Madero, y la mayor parte de los hermanos del señor Madero, conmigo fueron gente finísima. Creo que el señor Gustavo Madero era un hombre de empuje y probablemente por su propia iniciativa lo acusaban de que invadía la esfera donde tenía que actuar su hermano Francisco. Por eso tenía muchas enemistades Gustavo Madero. Pero que yo tenga algún motivo especial para acusar a Gustavo Madero de alguna de esas cosas, ¡no señor! Porque yo tengo buenos recuerdos de él, de su capacidad, y de su actividad, de su buena voluntad.

JW: ¿Cree usted que Madero cayó porque no quería repartir la tierra, porque no quiso impulsar la Revolución con más energía?

JAA: Eso fue lo que le dijimos nosotros, le hicimos ver lo de la cuestión agraria. Fuimos forzados, lo que hicimos fue forzados. Como le digo a usted, ni Zapata ni yo pensábamos que fuera posible hacer nada contra el señor Madero; no debíamos hacer nada sino hasta que pasarán dos o tres años. Pero cuando empiezan todas las tropas maderistas —no los federales—, las tropas que Madero mandaba, a ultrajar, a asesinar, a robar, a todos los pueblos mexicanos que éramos nosotros mismos, pues tuvimos que defendernos.

JW: ¿Qué representaba Huerta? Han dicho que Huerta representaba algo muy opuesto a toda clase de reformas agrarias y sociales.

JAA: Nosotros teníamos la idea de que ya que el destino nos lo había puesto de jefe, pues había que reconocerlo; lo reconocimos muchos revolucionarios, como Pascual Orozco, y todos los de Chihuahua, y el mismo Zapata puso sus condiciones, pero no se negó a reconocer a Huerta, sino que puso sus condiciones y no se entendieron.

Nosotros veíamos en Huerta a un individuo que era de origen humilde, un individuo pobre, que había empezado su vida de soldado y que había sufrido mucho. De modo que por ese lado no podía tener ideas aristocráticas. Luego cuando empezó a desarrollar sus actividades, ya con grado alto del ejército, trabajó como ingeniero y demostró capacidad y mucho talento. Luego, desgraciadamente tuvo afición por los coñacs, pero no puedo saber hasta cuánto podía aguantar. Tengo un testimonio por allí de que el Jefe de Estado Mayor de Huerta dice que se ponía una borrachera diaria, y tengo un artículo del licenciado García Naranjo, que fue el ministro de Educación de Huerta que dice que en todos los años que anduvo a las órdenes de Huerta, no vio a don Victoriano más que dos veces borracho: una cuando ganó una acción de guerra muy dura contra Orozco, y otra vez en el Palacio Nacional, el año nuevo como Presidente de la República, dicen que le cargaron también a la champaña helada y que el jefe se la puso. Pero usted comprende que son dos borracheras... ¡no es nada!

JW: Entonces él podía tomar mucho sin emborracharse. Durante su presidencia cree que le gustó el coñac pero no se emborrachó tanto.

JAA: No se emborrachaba mucho. Tomaba todos los días. Por allí decía este amigo que se podía tomar durante el día una botella de coñac.

JW: ¿Cree usted que Huerta mandó a matar al expresidente Madero y a Pino Suárez?

JAA: No quiero averiguar de eso, porque sale sobrando averiguar si Huerta dio la orden o no, porque de todos modos él era el responsable. Huerta era el responsable, y si él no dio la orden de matar, debía de haber fusilado a una partida de bribones que lo mataron. ¿No cree usted?

JW: Se dice también que Huerta tuvo alianza con la Iglesia católica; que necesitaba ese apoyo para poder seguir en el poder. Quiere comentar algo sobre esto.

JAA: Cuando Huerta tomó el poder yo estaba aquí en Guerrero, en Acapulco. Luego fui a la capital y me envolvieron. Creo que cometí un error, aunque fuera porque yo creí que estaba forzado por las circunstancias. Pero creo que de todos modos fue un error mío servirle a Huerta, porque yo debía haberme subido a un cerro y echarle un balazo, por un lado a Zapata que me quería matar, y otro balazo para el otro lado para Huerta... y para todos lados, y pelear contra todo el mundo.

Eso es muy bonito en la lírica, pero en la realidad es muy difícil. Uno quiere tener aliados para sacar adelante sus ideas. Y yo le serví a Huerta en el deseo, en la ilusión de que él haría un gobierno de origen popular, que haría un gobierno revolucionario. Lo que me decidió por Huerta es que el presidente norteamericano Wilson se manejó verdaderamente intemperante, porque al atacar a Huerta no podía diferenciar dónde era el ataque para Huerta y dónde era el ataque para México. Y entonces yo lo que alegaba era que había que estar con Huerta como protesta por la actitud de Wilson con la intervención en México. Eso es todo.

Pero, a pesar de eso, de esa idea general que le doy a usted de por qué estaba yo con Huerta, yo tenía la idea de que Huerta por su origen popular, por su talento, se controlaría en la cuestión de la copa, como quiera que sea.

Usted me pregunta de la Iglesia. Yo estuve aquí en Guerrero, en Tecpan, cuando Huerta subió. De aquí me fui para México y allí me agarró la vorágine y no podía yo accionar —en esos días asesinaron a muchas gentes revolucionarias los de Huerta— porque yo también me sentía en capilla. De modo que lo que yo procuraba era dedicarme a la comisión militar que tenía, dedicarme ciegamente a la comisión militar, sin saber más nada ni discutir nada. Cuando tuve la suerte de conseguir que me pusieran a las órdenes del general Refugio Velazco, desde luego salí para hacer las campañas contra Villa y tampoco tuve ocasión entonces de averiguar lo que pasaba con curas ni con obispos, ni con nada. Era pura bala contra Villa. Y así me pasé el tiempo, y por eso no puedo opinar.

JW: Reflexionando sobre la actuación histórica de Huerta, ¿cree usted que Huerta no fue muy revolucionario por las circunstancias, que no pudo hacer avanzar la Revolución?

JAA: Desde luego que hubo cosas que me simpatizaron, por ejemplo, disposiciones para crear un ministerio de agricultura que resolviera el problema agrario. Luego, en la cuestión del petróleo, también dejó una iniciativa en la

Cámara de Diputados en la que lo expropiaba. Así es que no son cosas de invención de Cárdenas.

JW: Al caer Huerta, ¿qué hizo usted, dónde estaba y en qué condiciones se encontraba?

JAA: Yo había seguido al general Velazco, quien en el último combate del norte de San Pedro de las Colonias sacó un balazo en un brazo. Él no podía ir al campo, y a mí no me dejó ir. Tontamente, yo quería ir a Zacatecas a ayudar a mis compañeros, donde se los comió Villa. Si hubiera ido, “se acabó Almazán”; pero el general Velazco me dijo: “Déjese de tonterías, está usted viendo que estoy siendo arrastrado por todos lados y todavía quiere usted andar ofreciéndose. ¡No, señor! A usted lo necesito aquí”. Y me quedé con el general Velazco en San Luis Potosí.

Él era gobernador y a mí me puso de jefe político, es decir, de gobernador allí, y además con mi brigada, tenía yo como cuatro regimientos a mis órdenes. Esa era mi defensa. Cuando se evacuó San Luis Potosí, que tuvimos que marchar a la Ciudad de México y que empezaron las discusiones para el tratado de Teoloyucan, para que se entregara el ejército federal, cuando firmaron los pactos de Teoloyucan el general Obregón y Carbajal, creo que entonces todo el ejército quedaba ya excluido de la cosa pública; quedaba a las órdenes de Carranza para que hicieran lo que quisieran. Entonces yo dije: “Yo, después de tantos años, cuatro o cinco años de andar en esta vida, ahora que tengo esta gente tan buena, ¿voy a entregarme? ¡No, señor!” Y dije en un manifiesto que está por aquí que mientras hubiera un americano en Veracruz, yo creía que los mexicanos eran unos infelices si hacían la paz, si dejaban sus rifles. Había que tener las armas listas para, si fuera posible, ir a Veracruz a combatir a los americanos; y si no, por lo menos esperarse a que los otros avancen. Por eso yo no acepté ningún trato.

JW: En 1914, al caer Huerta, usted quedó excluido del nuevo ejército.

JAA: ¡Al caer Huerta no! Yo estaba con la Secretaría de Guerra. Todavía entonces el general Velazco era el Secretario de Guerra, casi el presidente que quedó en lugar de Huerta. Entonces, precisamente en esos momentos, el general Velazco me mandó a mi campamento en Teoloyucan, en Tlanepantla, la condecoración del Mérito Militar de Primera, que no se le había dado a nadie. Me la dio por los combates de Torreón. De modo que yo tenía mi ejército y mi moral muy alta, y así fue como a la hora de que ya dieron la orden de entregar las armas, yo dije: “No, yo no entrego nada. Yo me voy por aquí”.

Y me vine para Guerrero ya por mi cuenta; ni huertista, ni carrancista, ni villista. Me vine de almazanista a tratar con Zapata.

JW: Durante la presidencia de Carranza, ¿estuvo usted aquí en Guerrero?

JAA: No. Durante la mayor parte de la presidencia de Carranza yo no podía estar por aquí porque Zapata ya estaba muy combatido en estos estados, y cuando hay una guerra larga de poca perspectiva para triunfar, nomás para defenderse, la gente se desmoraliza mucho y empiezan los pleitos y las dificultades. Entonces yo lo que hice, desde Guatemala, fue salir como pude en 1917 para internarme en Tamaulipas y en Nuevo León. Allá me quedé luchando, libre, sin jefe ni nada, con la amistad con Zapata en 1917, 1918, 1919 y 1920, cuando cayó Carranza.

JW: Entonces usted estaba luchando por parte de Zapata y del agrarismo, en Tamaulipas, en contra de Carranza.

JAA: Siempre en contra de Carranza.

4 de julio de 1964

JW: En esta segunda entrevista, general, quisiéramos hablar sobre la Constitución de 1917. ¿Dónde estaba usted durante el Congreso y qué opinaba usted de lo que hicieron allá?

JAA: Me uní con mis fuerzas a uno de los tres ejércitos que controlaban el país. Esos ejércitos eran los que encabezaba el señor Venustiano Carranza, el general Francisco Villa y el general Emiliano Zapata. Naturalmente que, teniendo que escoger, el que tenía mis simpatías era el ejército del general Emiliano Zapata, porque con él estaban todos los revolucionarios con quienes había yo empezado la lucha de 1910, y, en resumidas cuentas, porque era Zapata al que le tenía yo más confianza. Por eso entré a tomar parte en la lucha que hubo entre esas facciones.

Los años siguientes fueron de difícil lucha militar para los que estaban a favor de Zapata, pues en realidad pocas oportunidades teníamos de conocer los acontecimientos de la capital de la República. Sin embargo, supimos que con las oportunidades que se presentaban el señor Carranza —olvidando que había invocado como razón para su levantamiento en armas la necesidad de restaurar la Constitución de 1857—, se había propuesto, al contrario, anular esa constitución y darle al país una nueva constitución que se le debiera a él. Por ese motivo aumentó el malestar entre nosotros, los que estábamos en el mando del sur, porque hubiéramos preferido que se mantuviera la Constitución de 1857, a la que naturalmente había que hacerle las reformas necesarias para ponerla al día con las exigencias del mundo, que se desarrollaba febrilmente y que exigía progreso y mejoría para los seres humanos. Así es que supimos que el señor Carranza, con procedimientos muy mexicanos para elegir representantes del país, designó a un grupo que pu-

diera inspirarle confianza para que estudiarán el proyecto de la nueva constitución que habían estructurado y redactado algunas de las personas de la confianza absoluta del señor Carranza. Estas gentes propusieron un texto para la nueva constitución exactamente para darle gusto a don Venustiano Carranza, que habiendo sido toda la vida un sirviente fiel del general Porfirio Díaz, y partidario acérrimo del general Bernardo Reyes, y teniendo además él muchos años de edad, no podía esperarse que propusiera una cosa radical. Así es que por muchos conceptos el texto que propuso Venustiano Carranza fue de un color enteramente conservador en el que, sobre todo, él quería que esa ley nueva, esa constitución, le sirviera admirablemente, no para mejorar la situación de los campesinos del país, ni de los obreros tampoco, sino que le sirviera para obtener legalmente grandes facultades nuevas, sin límite, para el Jefe del Ejecutivo, que pensaba ser él.

Afortunadamente, después de la Convención de Aguascalientes, quedaron aún entre los elementos de las zonas de Carranza muchos elementos progresistas que no podían aceptar la aprobación de un proyecto de ley que no fuera beneficioso para el pueblo mexicano. Esos elementos progresistas, encabezados y alentados por el general Álvaro Obregón, discutieron y estudiaron en Querétaro la nueva ley y se impusieron en muchos aspectos, sobre todo, en el radicalismo de esa nueva constitución que al fin aprobaron.

JW: El general Mújica tuvo mucho que ver con eso, y usted y esos dos generales firmaron un pacto antes, en 1914, para adelantar todos los principios del Plan de San Luis Potosí.

JAA: Naturalmente, nosotros los progresistas de 1910 empezamos por exigir al señor Madero que diera satisfacción a las demandas del pueblo mexicano, al que habían entusiasmado con la propaganda de entonces para obtener grandes mejorías.

JW: Creo que en sus memorias usted prueba con la carta de Madero al editor de *El Imparcial*, en el verano de 1912, que Madero había transado y no quería la repartición de tierras ni la reforma agraria. Entonces, ¿qué opinaba Madero sobre el artículo 27 constitucional? ¿Creía en aquel entonces que era justo?

JAA: El artículo 27 era radical. Naturalmente, yo, que era un muchacho pobre que me había ido del colegio, que abandoné mis clases para exigir que en primer lugar se respetara la voluntad popular, que se acabara la reelección funesta para toda la nación; yo, que había luchado desde entonces, pues todo lo que fuera radical del proyecto lo deseaba ardientemente, como lo deseaban todos los revolucionarios. Es mentira que algunos elementos directores en el campo de Villa, como José Vasconcelos, fueran conservadores. Todos eran progresistas. Pero allí se luchaba porque Carranza quería

mandar para siempre y a nosotros no nos gustaba eso. Pero en cuestiones de avance, sobre todo los que habían luchado con las armas en la mano, eran radicales, en el campo de Zapata, en el de Villa y en el de Carranza.

JW: Aunque Carranza no fue tan radical.

JAA: No. Carranza, por su edad y por sus condiciones —había pasado toda una generación moviendo la cabeza para aprobar las posiciones de Porfirio Díaz durante veinte años—, no podía ser radical.

JW: ¿Qué opinaba usted del artículo 130? El que reglamentaba la Iglesia. Ese artículo es uno de los más discutidos.

JAA: Considero que tenía razón el gobierno mexicano. Lo mismo querían Porfirio Díaz, Madero, Carranza, Calles y Obregón, tenían razón siempre los gobiernos... que se especificara que la separación de Iglesia y Estado debía ser sincera y eficaz. Muchas veces se ha visto que no han faltado sirenas que les endulcen el oído a los jefes militares o líderes civiles para que sigan los consejos de la Iglesia, y eso da resultados terribles. Practicándose efectivamente, respetando las leyes, creo que por ese lado debe haber una paz perfecta siempre en México.

JW: Muchos de sus críticos han dicho que usted ha representado al catolicismo, a la reacción, como suele hacerse en las campañas políticas.

JAA: Ah, no. Yo me enfrenté con la administración de Cárdenas, porque, de acuerdo con mi modo de ser, de acuerdo con lo que practiqué desde el primer día que tomé las armas y me uní con Zapata, yo prediqué siempre el orden. Tuve todas esas dificultades con Zapata y todos esos porque yo quería que todo mundo respetara al vecino, que le respetaran su propiedad, su cama, su metate, su silla, su caballo, lo que fuera de su propiedad, que se lo respetaran para que pudiera vivir feliz. Entonces, si yo exigía orden, respeto a la ley, tenía yo que chocar con un señor que se dedicó a hacer una demagogia feroz y enteramente insincera como Cárdenas. Por eso es que tuve a todo el pueblo mexicano de mi parte, y no es que los mexicanos fueran conservadores, eran revolucionarios, buscaban el bienestar de todo el país, pero no podían estar satisfechos con la demagogia incomprensible, increíble del gobierno de Lázaro Cárdenas.

JW: Volvamos a hablar de su lucha en contra de Carranza. ¿Cuántos hombres tenía usted cuando operaba en Tamaulipas, en esas batallas tan duras? ¿Cómo fue la batalla contra Carranza?

JAA: Cuando llegué aquí al sur a unirme con Zapata, después del licenciamiento del ejército federal, yo traía poca gente. Había seleccionado más o menos mil hombres, porque escogí, de todos los elementos que me rodeaban, nada más a los que yo sabía que tenían que luchar conmigo hasta morir. Escogí a los que de verdad iban a luchar. Entonces empecé como con mil

hombres aquí en el estado de Puebla y me puse en contacto con los zapatistas. Los zapatistas, a pesar de que yo venía del campo de Huerta, me tenían mucha confianza y empecé a mandar a gente zapatista que tenía fama de que no peleaba, de que corría siempre, de que se dedicaba a robar. Empecé a controlar gente zapatista que me acompañaba en cualquier operación y el ejemplo de mis soldados servía a los zapatistas que me acompañaban como un modelo para pelear y para conducirse. Así es que yo salí de Acatlán con alrededor de mil hombres para subir a la altiplanicie y me dijeron que por allí podrían salir columnas de tres mil o cuatro mil carrancistas. Con la gente que yo llevaba dije: “No señor, esas columnas que pueden salirnos no significan ningún peligro verdadero para nosotros, porque con esta gente tengo elementos suficientes, capaces de batir hasta cinco mil hombres. Entonces nos encontramos de improviso —fue una sorpresa para los dos bandos— al bajar una barranca, nosotros por un lado, el enemigo por el otro lado, en Todos Santos Almolonga, al sur de Puebla. Nos encontramos con la columna del general Antonio Medina que venía del rumbo de Teziutlán, Puebla. Es cierto que nosotros éramos menos de mil, pero yo tenía puros veteranos y Medina traía como cinco mil, pero mucha gente de él era recién reclutada, unas almas de Dios, unos candorosos. Nos encontramos de sorpresa, nos cogimos a los balazos y naturalmente tuvieron que ganar los maliciosos, los acostumbrados a pelear. Allí hubo una revoltura terrible, a cañonazos, con fusiles, a caballo, todos amontonados. Bueno, pues yo no tuve más que unos veinte muertos, muy buenos elementos, pero unos veinte muertos, y Medina de los cinco mil que traía me dejó cerca de mil prisioneros con ocho ametralladoras, como quinientos cadáveres, y los demás huyeron espantados, y el mismo general en jefe, Medina, fue a parar a Peteaca al día siguiente temprano, pelón, a caballo pero sin sombrero y preguntando cómo se llamaba la población.

Esa es la diferencia de mandar gente acostumbrada a pelear, disciplinada, y mandar gente recién reclutada que no saben lo que van a hacer. Por eso en el sur los zapatistas tuvieron confianza ciega en mí y empezaron a agruparse conmigo para ir a distintas plazas a atacar y a defendernos.

Pero, andando el tiempo, yo veía que necesitaba forzosamente tener una frontera donde pudiese meter armas y como no podía meter por la frontera del norte, pues me decidí a ir por Guatemala con dos objetivos. Uno, el principal, dominar parte de la frontera, y poder comprar armas en los Estados Unidos y traerlas por Guatemala, a ver si en Guatemala nos veían con simpatía. El otro objetivo era que, una vez organizado allí, poder en determinado momento lanzar una columna para desarmar a unos cuantos policías que tenía Inglaterra en Belice. Yo sabía que esas tierras debían repartirse

entre México por el río Hondo, donde había casi puros mexicanos que en las épocas de lucha se habían refugiado en Belice. Y la otra parte, el sur de Belice, que efectivamente debía ser de Guatemala. Inglaterra dominaba ese país por el prestigio que le daba su preponderancia mundial, pero francamente no tenía razón para seguir dominando en esas tierras, en las que había entrado, a veces con permiso de España, con algunos trataditos allí pasajeros, y a veces sin permiso. Además, también a nosotros nos había hecho mucho daño el gobierno inglés, por el permiso que daba para que por Belice entraran muchos elementos indeseables y hostilizaran a México. Hice el siguiente razonamiento: “Pues el mundo anda muy revuelto en la Primera Guerra Mundial. Ahora es tiempo de que nosotros demos una sorpresa aquí e incorporemos a México y a Guatemala las porciones que le corresponden. A los gendarmes ingleses los trataremos con toda cortesía y con toda consideración y los subiremos a algunas lanchas; que se vayan a buscar la escuadra inglesa y que nos dejen en paz. Ahorita como está el mundo y como andan los ingleses de apurados, ni se fijan en nosotros”.

“Ahora que si después viene la paz y los ingleses empiezan a exigir responsabilidades —me dije—, pues no sé a dónde me tendré que meter, tendré que morirme”.

Bueno, pues con ese plan me fui de Oaxaca a Chiapas y atravesé una sierra que es malísima, la sierra de Chimalapa, donde llueve mucho y sobre la montaña de Chimalapa entré el 15 de septiembre de 1915 o 1916. Entré con mil hombres, una magnífica caballada y como con trescientas mujeres, también muy montadas, aguerridas, que peleaban cuando se necesitaba. Desde la noche de ese día empezó a llover y a llover. Todo el resto de septiembre y casi todo el mes de octubre fue agua constante en esa región. Por la lluvia no pudimos pasar y a los tres días se echó a perder todo el bastimento que llevábamos, no había modo ni de tener cerillos secos para prender lumbre.

A los pocos días empezó a aparecer gente enferma, la gente magnífica que llevaba ya no podía andar porque iban muy enfermos. Y en esas condiciones se me acabó la gente, se me acabaron los soldados, porque cuando salí, al final, de los mil hombres iban conmigo como ochenta.

A propósito, una cosa maravillosa del sexo débil, ¿no es la mujer el sexo débil? ¡Pues iban como trescientas mujeres, y de esas creo que no se murió una! JW: ¿Ellas acompañaban a los soldados?

JAA: Sí, eran esposas de algunos. A veces las mujeres cargaban los fusiles y algunas cargaban a sus maridos, a pie, caminando, y no se murió ¡una! Hubo una, la esposa del general Juan Prata de Tuxtepec, que estaba embarazada de ocho meses, y en un lugar donde nos corretearon yo iba corriendo por una bajada fea y la señora se vino de arriba y me cayó en la espalda. Afortunada-

mente, en esos momentos, como iba yo bajando, me había cogido de unos árbolitos y sentí el ruido y me apreté, cayó montada y se salvó. No sé si vivirá, pero entonces quedamos con su marido y ella: “Si es hombre le vamos a poner ‘Sufragio Efectivo’, y si es mujer ‘no-reelección’. Pues fue ‘no-reelección’ y vivió muchos años”.

En esas condiciones la Sierra acabó con mi gente. Yo me mantuve con energía, con suerte. Entonces, cuando acabó la odisea, cuando llegamos a tierra, cuando ya había sol y comida, cuando ya no había enemigo detrás de nosotros en Chiapas, entonces empecé a sentirme mal, me vio un médico y me dijo: “Está muy difícil la cosa, muy difícil su diagnóstico. Usted debe de tener una bola de enfermedades, paludismo, paludismo hemorrágico, paludismo infeccioso. De todos modos usted forzosamente debe salir del trópico e irse al norte, allá, al norte de su país. Haga usted la lucha”.

Y le dije: “No, pues no hay más lucha posible que ver qué cara me ponen en Guatemala.

Pedí permiso a Estrada Cabrera, que era el presidente, para que me permitiera pasar a los Estados Unidos. Entonces afortunadamente había una época de dificultades entre los dos tiranos: Estrada Cabrera, de Guatemala, y Venustiano Carranza, de México; estaban disgustados. Puse un telegrama a Guatemala, dirigido al presidente de la República, diciéndole: “Soy fulano de tal, por prescripción médica tengo que salir para el norte de los Estados Unidos si quiero salvar mi vida. Le suplico a usted me permita pasar por Guatemala, y para no buscar a su gobierno dificultades con el de México le ruego me permita pasar”.

Firmé el telegrama con el nombre de Carlos Belgrano. Poco después llegó la contestación de Estrada Cabrera, diciendo: “Puede usted hablar allí con el jefe de las operaciones de Occidente, el general Teodoro Recinos”. Llevaba unos caballos y unas mulitas de uso que se habían salvado en la sierra. Las vendí y de allí tuve para comprar pasaje por un barco que creo era el *Suriname*, de la Flota Blanca de la “Frutera”. De allí me fui a Huehuetenango. Cuando llegué a ese pueblo, fui a ver al general Recinos, me trató muy bien. Pero luego fui a un hotelito a alojarme y me di cuenta que allí no quieren a los mexicanos. Les dije: “Bueno, no nos quieren, pues lo siento mucho, pues yo no me quiero quedar a vivir aquí; yo voy de paso a buscar un médico”, y me dijeron: “Pues allí hay un hotel, donde sí quieren a los mexicanos porque la dueña del hotel, la hija de los dueños, presume de mexicana”.

“Pues entonces allí voy”. Y me fui y encontré a una muchacha guapa, morena, Berta, creo que era Ortega, y efectivamente ella decía que era mexicana y trataba a los guatemaltecos muy feo. Decía que era mexicana porque su padre muchos años antes había sido canciller del consulado de Guatemala

en México y había llegado a su empleo recién casado, y allá había nacido la Bertita, en México, y por eso ella decía “yo soy mexicana”. Eso me sirvió porque la muchacha dio órdenes terminantes de que se me atendiera a cuerpo de rey, que iban a llegar espías de Carranza a buscarme; que los mataba si decían algo de mí. Allí había una disciplina formidable; nadie decía una palabra que no autorizara el gobierno. Entonces me quedé allí en el hotel de la Bertita, tratado muy bien, con muchas consideraciones. El novio de la muchacha era el inspector de policía y la muchacha, que era de mucha fibra, le dijo: “Oye tú, en lugar de venirme a ver a mí, vas a venir a visitar todos los días en la mañana, en la tarde, todo el tiempo que tengas libre, vas a venir a ver a mi paisano, y allí te vas a estar con él”. “Sí, hijita, como no”. Con ese motivo pues yo estaba bien allí.

A los pocos días me sentí un poco mejor, me fui despacio, subí a Sija, que es un lugar muy frío, allí en esa Sierra del Espíritu Santo, bajé a Quetzaltenango y me fui a Guatemala, donde me vio un médico muy inteligente —Lowental, se apellidaba—, hermano de otro que luego fue secretario de Relaciones de Guatemala. El médico ese me estuvo examinando y me dijo: “Bueno, esta fiebre no lo deja. Y cómo va a hacer para poderse embarcar”. “Pues para eso lo veo a usted”.

Entonces me dijo: “Bueno, le voy a dar unas pastillitas que no le van a quitar la fiebre por lo pronto, pero la víspera de la salida del barco usted no va a tener calentura”. Usted aprovecha para ir al consulado, y obtener su visa, salir y subirse al barco”.

Bueno, días después se me quitó la calentura en la víspera y salí para Nueva Orleans. Allá, en la cuarentena, tuve muchos sustos porque había algunos casos de fiebre amarilla y estaban muy estrictos los barcos. Yo iba en un barco muy bonito, *Suriname*, de la flota blanca la “Frutera”. Al llegar a Nueva Orleans yo llevaba cara de pánico, tanto que un americano muy agradable, me vio tan asustado que me preguntó: “Oiga, ¿usted tiene mucho miedo?”, y le dije: “Si me echan de aquí ¿qué voy yo a hacer? Dijo: “Bueno, mire, vamos a llegar a la cuarentena, el barco va a llegar a tal hora, va a tener calentura para eso. Le recomiendo lo siguiente: los enfermeros pasan y ponen a todos en la boca los termómetros, los dejan y luego los recogen; cuando tenga usted el termómetro en la boca no lo toque con los labios; lo hace con los puros dientes”.

Cuando vi que venían los enfermeros a recoger los termómetros, yo estaba con los nervios y dije: “Ya me quedé aquí, no hay remedio”.

Pues el que me recogió el termómetro, lo vio, me vio y se siguió. Al que seguía, un pobre anciano americano como de setenta años, me lo bajaron y lo echaron a cuarentena. Y yo pasé sin novedad.

JW: ¿Cuánto tiempo estuvo usted en Nueva Orleans?

JAA: Estuve en Nueva Orleans unos cuantos días y me fui a Nueva York a examinarme bien. Confirmaron todo lo que había dicho el doctor Lowental, que necesitaba hacerme un tratamiento. Entonces el tratamiento que se seguía contra el paludismo era el mismo que se seguía contra la sífilis. Se acababa de inventar en Alemania una sustancia, una sal el 606, que hizo mucho alboroto. Después lo perfeccionaron y ya siguieron otras medicinas. Pero vieron que el 606 no nada más combatía las enfermedades venéreas sino también el paludismo.

En Nueva York unos amigos me aconsejaron que viera al doctor Francisco Vásquez-Gómez que había sido candidato para la vicepresidencia con el señor Madero y que estaba en San Antonio, desterrado, y que él me podía curar. Entonces me vine a San Antonio y el doctor Vásquez-Gómez me llenó de 606 y me curó en pocos meses. Para entonces, viendo la cosa tan desesperada, ya me había resuelto a entrar con Francisco Villa. Dije: "Si se acuerda este pelado me mata; pero no tiene remedio". Hablé con su hermano, Hipólito Manuel González y le mandaron decir a Villa que yo estaba allí, que quería entrar, a juntarme con él y contestó que mandaba un guía. Y efectivamente, mandó el guía y unos amigos americanos, amigos de González y muy buenas gentes. Me ayudaron a comprar unos treinta caballos y algunas armas y a reclutar gente en El Paso para entrar a México. Pero el día que íbamos a entrar, nos detuvo el séptimo regimiento de Caballería, un escuadrón que estaba en El Paso y que había recibido órdenes de espiarnos, de esperarnos. Luego me llevaron a la corte a El Paso y ahí me quisieron hacer un juicio, abrirme una causa. Me defendió un abogado, anciano ya, como de 75 u 80 años que era el abogado con más prestigio de El Paso, Mr. Falvey.

Entonces el comisionado federal me fijó una fianza de mil dólares y a todos los demás fianzas de doscientos dólares cada uno. En ese momento se pararon dos americanos atrás y pagaron las fianzas de todos. Después pregunté quiénes eran esos señores. Eran el presidente y el gerente del French National Bank de El Paso. Como no los conocía, le dije al señor Falvey: "Bueno abogado, ahora explíqueme estas cosas que no comprendo. ¿Cómo se han arreglado así, como si fueran cosas de la Divina Providencia?"

Dijo: "Se acuerda usted de Burton". Cuando dijo eso ya me lo expliqué todo. Se me abrió el cielo y dije: "Bendito sea Dios que las buenas acciones nunca se pierden".

Tiempo atrás había impedido que el general Higinio Aguilar fusilara a William Burton.

Pasó el tiempo, no volví a saber nada, luego seguí para Chiapas, tuve aquella odisea de la muerte de toda mi gente y entonces fui a dar a los Esta-

dos Unidos y me aprehendieron en El Paso y allí resultó que el licenciado Falvey me dijo: "Se acuerda usted de Burton".

JW: ¿En qué año fue ese asunto en la frontera de los Estados Unidos, cuando el juicio?

JAA: Fue alrededor de 1916.

JW: Y así se salvó.

JAA: Entonces regresé con el doctor Vásquez-Gómez a que me curara bien y volví a organizar otra gavilla en Brownsville, pasé para Tamaulipas, y allí anduve organizando gente desde el primer día contra Carranza.

JW: Quisiéramos hablar de su regreso a México en 1916. Antes de ser aprehendido usted había pensado unirse a Villa. Pero al regresar no lo hizo. ¿Quisiera explicarnos por qué quería usted unirse a Villa y después qué fue lo que pasó en su lucha en Tamaulipas y por qué luchó al lado de Zapata en vez de Villa?

JAA: Como estábamos diciendo, entré a Tamaulipas porque no pude entrar a Chihuahua. De cualquier modo, es conveniente explicar que mi resolución de unirme a Villa fue porque todavía estaba en Chihuahua la expedición punitiva del general Pershing. Y creo que, independientemente de lo que pensara cada mexicano, respecto a los defectos personales de Villa, todos los mexicanos tenían obligación de luchar contra cualquier invasor extranjero en México.

JW: ¿Era usted del parecer que Villa no había hecho mal en invadir Columbus, Nuevo Mexico, en los Estados Unidos?

JAA: Desde luego me parece que fue un crimen de Villa, porque expuso a México a cosas muy graves que podían habernos ocurrido. Yo no iba a defenderlo cuando yo no estaba conforme con sus procedimientos. Como quiera que sea, cuando al fin pude entrar a México por Brownsville, tuve unos años muy azarosos: 1918, 1919, 1920, porque fui a operar a un terreno difícilísimo para un guerrillero, porque por todas partes le caían a uno fuerzas enemigas, que se movían en trenes o automóviles, y uno tenía que defenderse en su caballito. Por esa circunstancia se imponía la costumbre o la necesidad de operar con fuerzas de un tamaño muy reducido. De manera que la base de nuestra supervivencia era tener a la gente siempre dividida en grupos de veinte a cincuenta hombres, y no reunirlos más que cuando se iba a hacer alguna operación delicada, reunirlos rápidamente, proceder con gran rapidez también, y volver a dividirlos. Creo que en ese terreno tan difícil puede considerarse que yo tenía también como mil hombres que podía reunir en cualquier momento. Venía yo atravesando la sierra de Nuevo León y Tamaulipas, tenía facilidad de ponerme en contacto con fuerzas del general Carrera y Torres, y del general Saturnino Cedillo.

Así me mantuve hasta mayo de 1920 cuando triunfó el movimiento de Aguaprieta, encabezado por el general Álvaro Obregón, quien con inesperada cordialidad, con inusitado afecto, me invitó a colaborar con su gobierno.

Durante todo el tiempo que vivió el general Obregón trabajé con mucho entusiasmo en la obra que él desarrollaba y también en la gran administración que hizo el general Plutarco Elías Calles.

JW: Se dice que Carranza nunca pudo gastar mucho dinero del presupuesto para repartir tierras y para gastos sociales y económicos, porque tuvo que emplear muchos recursos en combatir a los zapatistas y a los almanistas. ¿Quiere comentar cuántos grupos estuvieron levantados en contra del gobierno de Carranza entre 1916 y 1920 en gran parte del país?

JAA: Es imposible decir cuántos fueron. Más bien se puede decir por regiones. Desde luego, el estado de Morelos, Tamaulipas, Veracruz, el estado de Guerrero, el sur de Puebla y la parte oriental de Oaxaca. Naturalmente, como era una lucha en que no se obtenían victorias en esos últimos años sino puras derrotas, cuando hay derrotas sucesivas, se acaba el ánimo, se acaba la buena conducta, y en una pendiente inevitable los soldados buenos, los soldados honrados, se convierten en bandoleros. Así que es muy difícil asegurar cuántos eran guerrilleros de buena fe y cuántos bandidos.

JW: Carranza nunca pudo unificar al país, pero Obregón sí. ¿Por qué?

JAA: Porque Obregón era hombre joven.

JW: Y estaba dispuesto a entrar en arreglos con muchas personas. En vez de combatir quería arreglos.

JAA: Y se arregló, y le servimos con mucho gusto, hasta que lo asesinaron, porque hubiera sido otra vez un buen presidente.

JW: Durante el decenio de 1920 usted reingresó al ejército federal.

JAA: El primer día el general Obregón me invitó a acompañarlo en su servicio y desde el primer día me dio una gran prueba de distinción: me hizo jefe de las operaciones militares en la región de La Laguna, en Torreón, que comprendía gran parte de Coahuila y del estado de Durango. Era una jefatura importantísima y muchos conspicuos generales deseaban ardientemente recibir ese mando, y el general me la da a mí, que yo era enemigo de ellos. Tuve que agradecersele.

JW: Usted llevó a sus mil hombres con usted a Tamaulipas. En esos días cada general tenía su propio ejército, las tropas eran más bien de cada general.

JAA: El ejército del presidente Carranza resultó que no era tan leal como él creía, como él esperaba, y todos cuando vieron que el señor Carranza prefería continuar en el mando, que siguiera administrando un señor Bonilla en nombre del señor Carranza, bajo el mandato del señor Carranza, con todas las intenciones buenas o malas del señor Carranza, manejar al país a su gusto.

Entonces el ejército del señor Carranza se puso en situación de hacerle una huelga. Hicieron una huelga de éxito rotundo, y hasta nosotros nos sirvió porque nos dieron entrada a todos los que andábamos fuera.

JW: La huelga de los generales.

JAA: Exactamente, la huelga de los generales.

JW: Entonces, ¿qué nos puede contar del decenio de 1920? ¿Usted se había casado?

JAA: No, yo me casé después. Me casé el quince de junio de 1921 en Monterrey, porque había andado cuatro años en el estado de Nuevo León. Tenía yo mucha simpatía por el estado. Así es que cuando fui a recibir la jefatura de operaciones de La Laguna, del estado de Torreón, pues traté de buscar esposa en la región de Nuevo León, que yo quería mucho. Y de allá es mi esposa y de allá es mi hija única.

JW: ¿Usted conoció a Obregón y a Calles?

JAA: Sí. Tuve un gran agradecimiento para Obregón y para don Adolfo de la Huerta, por la manera en que me habían acogido en su movimiento. Después sentí mucho que se hubieran peleado ellos, Calles, Obregón y De la Huerta, porque yo los quería a los tres, y estaba muy agradecido por igual. Después se separó el señor De la Huerta, terminó el general Obregón su periodo, y entonces inició su gobierno el general Calles. Con mucho gusto vi que el general Calles daba muestras de competencia, de administrar en forma notable el país, con grandes economías en los gastos de los fondos públicos, y enfrentando los grandes problemas de México de manera enérgica, con soluciones como la construcción de carreteras y de presas, y la resolución profunda de la cuestión agraria —continuando el trabajo del general Obregón—. En ese sentido yo seguí con mucho gusto sirviéndole al general Calles hasta que entregó su gobierno.

JW: ¿Usted combatió a De la Huerta y a Escobar?

JAA: De la Huerta encabezó el movimiento delahuertista en 1923. Yo estaba en Puebla y allí los delahuertistas habían organizado una cosa muy seria para atacar al general Obregón en la ciudad de México. En Puebla, por razón natural me tocó enfrentar graves problemas de conspiración de los delahuertistas, sobre todo por la iniciativa audaz del general Antonio Villarreal. Yo estuve a punto de ser asesinado en determinados momentos y debí de obrar con energía. Tuve necesidad de desbaratar esa conspiración que encabezaba el general Villarreal, especialmente el grupo de amigos del gobernador del estado, Fernán Manjarrés. Por lo consiguiente, de acuerdo con las órdenes de los generales Obregón y Calles, tuvo que designarse a un nuevo gobernador de Puebla, por la Legislatura naturalmente, con el consejo que

me pedían los diputados y entonces, como yo tenía libertad para escoger al nuevo gobernador, designé al señor licenciado Vicente Lombardo Toledano.

JW: Con quien después tuvo unas polémicas. ¿Cómo escogió a Lombardo Toledano en 1923? ¿Por qué?

JAA: Fue de improviso, porque al aprehender mi segundo, el general Suriaga, al gobernador actuante, Fernán Manjarrés, yo tenía instrucciones del presidente Obregón de escoger un elemento de mi confianza para el gobierno. Al recibir estas instrucciones y precipitarse los acontecimientos, yo no había pensado en algún elemento activo enérgico que pudiera haber entre los poblanos conocidos o que me rodeaban, y para buscar a ese elemento poblano aproveché la visita del general Celestino Gasca, que era de los jefes de la CROM; me visitaba seguido de una cauda de gentes entre los que iba Lombardo Toledano. Fueron al cuartel general a ver qué iba yo a hacer con el nuevo gobernador, y entonces se me ocurrió decir al general Gasca: “Bueno, y de esta corte que lo sigue, de dónde son todos estos señores”. El general Gasca dijo: “Pues este señor es de México, este otro señor, el licenciado Lombardo Toledano, es poblano”.

“Ah, ¿usted es poblano, señor?”

“Sí, general”, me dijo. Me pareció hombre serio, ya lo había oído, ignoraba que era poblano pero sabía que era de los elementos más cercanos al jefe de la CROM, al señor Morones. Entonces me pareció que un intelectual joven podía servirle bien a Puebla, y ordené que les informaran al general Suriaga y a los diputados —que estaban ansiosos de que se les diera el nombre del candidato—, y dije que el gobernador sería el licenciado Lombardo Toledano. Así es que no buscó él nada, le cayó del cielo.

JW: Hablando de otros combates en el decenio de 1920. ¿Tuvo usted algo que ver en combatir a los cristeros?

JAA: No. Francamente nunca me tocó, pero sí debo de platicarle un detalle. Después de que mataron tanta gente de los llamados cristeros, cuando ya la cosa iba disminuyendo de importancia, un día el presidente Calles en Monterrey me dijo: “Oiga usted —fue en mi casa— ¿dónde está su chofer?” “Pues no, al chofer ahorita lo mandé a tal parte”. Entonces dijo: “¿Quién maneja el coche?” “¿Quiere usted ir a alguna parte a pasear?” “Sí, quiero ir a dar una vuelta para tomar el fresco”. “Bueno, para qué necesitamos chofer; yo llevo el coche”. Y nos salimos el presidente Calles y yo a dar una vuelta en Monterrey. En la plática le dije: “Oiga usted, a mí se me figura que yo hubiera podido evitar en gran parte la matanza de mexicanos que se ha hecho en Jalisco, en Guanajuato, en Michoacán, esos de la campaña religiosa”.

¿“Por qué dice usted que se siente responsable de esa lucha?”

“Porque un día, en la plaza de Toros de México, al acabar la corrida, a la salida encontré al general Piña, encargado de la Secretaría de Guerra, que me dijo: “Mi general, tengo un recado del señor presidente para usted”. Le contesté a Piña: “¿Qué se ofrece?” “Dice mi general Calles que por circunstancias que algún día le explicará tiene necesidad de mandar a Veracruz al general Arnulfo R. Gómez —que era el Jefe en México— y que por esa necesidad él quisiera que usted escogiera la jefatura que le guste más, para que Gómez vaya a Veracruz”. Entonces le dije: “Sí, ustedes tratan de mandármelo a Veracruz, a sabiendas de que me va a conspirar allí y va a levantarse en armas contra ustedes”.

“No...”, quién sabe qué excusa me dio, pero me quiso decir que era peor que se levantara en México.

“Bueno, como quiera que sea, ustedes saben lo que hacen”. Y mientras yo pensaba rápidamente, dije: “Pues Jalisco es una jefatura que me gusta, pero también Nuevo León. Yo estoy muy obligado con aquel estado por mi familia. De modo que no hay más, dígame al señor Presidente que si no tiene inconveniente me iré a Nuevo León en enero de 1925”.

“Muy bien, le voy a decir al señor Presidente”.

“Luego —continúa diciéndole al presidente Calles—, me dieron las órdenes y me fui de Veracruz. Pero creo que ese fue mi error. Uno no sabe qué va a pasar, pero le aseguro a usted que si en lugar de ir a Nuevo León —que se mantuvo en paz siempre—, voy a Jalisco, hubiera evitado que ocurrieran esas fechorías, porque, según me he informado, la situación de Jalisco, esa cosa católica tremenda, fue causada en gran parte por los desmanes de los militares”.

“¡Tiene usted razón —respondió Calles—, efectivamente ha sido una cosa tremenda lo que han robado los jefes militares, y lo que han asesinado, lo que han destruido. Imagínese usted que hace pocos días he tenido que coger el telégrafo de la Presidencia para detener unos trenes que entraban a Guanajuato de Jalisco, detenerlos y mandarlos a que se regresaran. ¡La Presidencia!, porque era ganado robado por los Ávila Camacho”.

Esa fue la primera noticia que tuve de las fechorías de esos cristianos. El general Calles dijo que efectivamente él pensaba que yo no debía haber escogido Nuevo León y que yo hubiera evitado gran cosa de la campaña.

5 de julio de 1964

JW: Tal vez podamos preguntar sobre los efectos del asesinato del general Obregón en 1928. ¿Dónde estaba usted, qué pensaba y qué nos puede contar de México en aquel año?

JAA: El inesperado final de la vida del general Obregón el 17 de julio de 1928 me obliga a hacer algunos comentarios.

A mí, como revolucionario de 1910, de los que luchamos por el sufragio efectivo y la no reelección, no me pareció que hubiera sido conveniente la modificación de la Constitución para permitir la reelección del general Obregón. Aunque en lo privado, ante autoridades y ante civiles, y ante todo el mundo, expresé mi criterio, por otro lado, yo no tenía otro medio de oponerme porque tenía yo mando de tropas. Yo era jefe de las operaciones militares en Nuevo León y Tamaulipas, y al mismo tiempo yo había luchado siempre, con entusiasmo y con verdadera convicción, contra los elementos que se unían para desconocer a los gobiernos, porque consideraba que los cuartelazos eran una verdadera plaga para el país. Los cuartelazos habían sido la desgracia nacional desde que México fue independiente. Por esa circunstancia jamás participé en la organización de un movimiento militar contra el gobierno constituido, o contra el gobierno que uno había reconocido como autoridad. Por eso yo siempre me consideré enteramente ajeno al movimiento que dio fin al gobierno y a la vida del señor Madero, porque ni siquiera noticias tuve de cuándo se preparaban. Luego vino el movimiento general de los militares contra don Venustiano Carranza. Desde el primer día, desde los años de 1910 y 1911 de San Antonio, Texas, yo consideré que no se podía contar con él para una cosa verdaderamente patriótica y formal, y por eso siempre estuve, hasta 1920, en el bando contrario al señor Carranza, sencillamente porque consideré que no podía sentirse en lo íntimo a Carranza como un revolucionario. Pero cuando se trató del movimiento general contra él por parte de su ejército, tampoco tuve la menor participación, y fue hasta que él había caído que me invitaron los jefes del movimiento que lo derrocó a participar con ellos. Y hasta entonces entré a participar en el gobierno.

Más tarde, durante el movimiento que organizó el señor De la Huerta, participé con decisión en su contra, y aunque al principio parecía que el general Obregón estaba perdido, yo me decidí a jugármela con él y así iniciamos la defensa, con los elementos del ejército desorganizados por la sorpresa de las sublevaciones. Sobre la marcha nos organizamos y empezamos a luchar, encabezados por el general Obregón que era un gran estratega, y triunfamos de una manera indudable, rápida, eficaz. De manera que por esas circunstancias —aunque no me gustaba la reelección del general Obregón, exclusivamente por mis ideas antirreeleccionistas de 1910—, tenía yo que confesar que el general Obregón en su segundo periodo haría una gran obra de administración como la había hecho el general Calles en el periodo que estaba terminando. Así, lamenté mucho, en primer lugar, que el general

Obregón hubiera aceptado el movimiento en favor de la reelección. Pero cuando fue asesinado, después de ser declarado Presidente electo, comprendimos que se venía un verdadero desastre para el país, por la lucha armada que desde luego se adivinaba, y yo me apresuré a dar muestras de que estaría sin vacilar de parte del gobierno constituido.

Así lo hice y me tocó en suerte ser el jefe del ejército que fue enviado a Torreón a combatir al movimiento militar que encabezó el general José Gonzalo Escobar. Hubo un fuerte combate, decisivo, en Jiménez, Chihuahua, donde hicimos pedazos al ejército enemigo, que era mayor que nosotros, muy bien organizado. Ese combate tal vez no tenga parangón en la historia de México por su carácter decisivo en una batalla. En Jiménez se acabó la Revolución Escobarista contra el gobierno del general Plutarco Elías Calles. *JW*: Bueno, volviendo a hablar de Obregón: ¿qué ideología tenía él en 1928 cuando fue candidato para la reelección? Al leer yo sus discursos de campaña, parece que él no tuvo un programa de campaña muy radical y que había cambiado mucho de lo que fue en el decenio de 1920.

JAA: ¿En qué sentido?

JW: Bueno, no habló mucho de asuntos del trabajo, de las reformas sociales y económicas; no habló más que en términos políticos.

JAA: ¿Y del agrarismo?

JW: No mucho, muy poco.

JAA: Respecto a lo que usted me dice que el general Obregón, durante su campaña de 1928, no hizo manifestaciones serias que pudieran dejar entender cómo iba a ser la ideología que había de dirigirlo en su nueva administración, para mí era una cosa segura que el general Obregón, en ese nuevo término constitucional de 1928 a 1934, con la limpia que había hecho de militares que se sublevaron, y con la muestra que se daba de que el general Obregón en lo militar por mucho tiempo sería invencible, considerábamos que tendría casi todo su tiempo dedicado a la administración. Cuando se estudió la Constitución de 1917 se sintió la influencia del general Obregón sobre las gentes que él manejaba en la busca del radicalismo de la ley, y esos seguirían, como durante el primer periodo del general Obregón, con una actitud muy seria en favor de la solución rápida de todos los problemas de la tierra conocidos como causa agraria, y lo mismo con la defensa de los derechos de los obreros.

JW: Se dice que Calles había cambiado mucho su trayectoria; que en 1928 no era tan radical como antes, y que el embajador Dwight Morrow había influido mucho en él para hacer una política muy conservadora como la de equilibrar el presupuesto, de pagar las deudas y de no expropiar al petróleo. Que esa influencia de Morrow y de Wall Street fue más bien una influencia

económica, en términos de lo que pensaba en esos años Wall Street hasta su caída en 1929, y hasta que surgiera la crisis económica de 1929.

JAA: Considero que la cuestión ideológica de Calles en realidad no había cambiado, porque debe recordarse que desde el primer día de su administración en 1924 adoptó medidas drásticas para que se acabaran los robos al gobierno. Dio mucha influencia al Departamento de Contraloría para que ese departamento —que primero era creación del señor Montes de Oca, y después manejaba el señor Gómez Morín—, no dejara que se robara un centavo nadie; que debía ser para el gobierno, para la administración pública. Lo que debe causarle a usted admiración es que todo el mundo aceptaba estas ideas del general Calles, de seriedad, de honradez, de energía para administrar, y que todo se comprobaba. De modo que cuando llegaba a su final el gobierno del general Calles, no creo que hubiera cambiado, porque si es cierto que había tenido simpatía con el señor Morrow, considero que también eran ventajas que el general Calles sacaba con la amistad de Morrow para el gobierno de México. Así es que por ese lado no creo que el general Calles se haya vuelto conservador. Lo que pasa es que el general Calles nunca supo conocer a las gentes que lo rodeaban y que lo halagaban, y cuando el general Calles quiso marcar el alto, se hundió.

JW: En 1930, al regresar Calles de Europa quería acabar con la Reforma Agraria.

JAA: No. ¿En qué se basa usted para creer eso?

JW: Al regresar Calles de Europa dijo que había visto en Europa una situación peligrosa que pudiera llegar a México; que el gran fraccionamiento de la tierra podría ser peligroso y que sería preferible acabar con la Reforma Agraria en el sentido de dar ejidos. Que él prefería propiedades pequeñas y construir una nación más o menos como la que los franceses habían construido en Europa: la del pequeño propietario con su tierra propia que no tuviera preocupaciones de perderla, pudiendo obtener créditos para trabajarla. Al regresar, Calles hizo públicos sus pensamientos y dijo que la Reforma Agraria, tal como había sido concebida en el decenio de 1920, especialmente durante la presidencia de Portes Gil, cuando se repartió tierra, que había sido un fracaso. La Revolución debía de reencauzar su Reforma hacia nuevos rumbos para no pulverizar la tierra y para dar la tierra a personas y no a grupos de personas que no podían estar seguros en la posesión de la tierra.

JAA: Yo estuve en Europa antes de venir a la Secretaría de Comunicaciones, estuve en 1929 en Europa, y allí estuve en una clínica en donde también estaba el general Calles, y teníamos oportunidad de platicar todos los días. Francamente yo no le oí al general Calles expresiones que denotaran que tenía pensado cambiar de actitud en cuanto a la cuestión agraria. Lo único

que le oí al general Calles es que él veía que el resultado de la división completa de la propiedad en Francia era un peligro, porque, con familias, y familias, que van cogiendo pedacitos y pedacitos, ya no comían.

JW: Y que lo mismo pudiera pasar en México.

JAA: Naturalmente. En ese sentido, él quería que la tierra no fuera tan dividida, que se aseguraran parcelas suficientes para darle de comer bien y educar a una familia. En esa época se manifestaba el general Calles tan radical en cuestión social como lo fue cuatro años antes. Lo que a mí me parece es que el general Calles tenía sus grandes ambiciones, él tenía la idea de ser siempre el que estuviera arriba de todos. Muerto el general Obregón, Calles veía que ya no había ningún otro que lo sustituyera y entonces se echó a soñar.

A Abelardo Rodríguez y a Cárdenas los estimaba como a sus soldados personales que irían con los ojos cerrados a donde él los mandara. Entonces desarrolló su plan tenebroso.

Lo que el general Calles quería era formar una dinastía que durara muchos años. Entonces vio como la base de esa dinastía a Abelardo Rodríguez, que había hecho una fortuna increíble con el juego en Tijuana. Estaba riquísimo. Después de que estaba tan rico lo trajo a México y lo puso casi contra su voluntad como Presidente de la República. Él no creía que hubiera hecho algo para obtener la Presidencia ni tenía ningún mérito para que se la regalaran. Pero se sujetó a lo que ordenaba el general Calles, y entonces el general Calles, para dar nacimiento a su dinastía vio que el príncipe regente debía ser —creyó el que era lo más indicado— su hijo Rodolfo. Entonces lo hizo gobernador de Sonora e hizo que Rodolfo lanzara la candidatura de Lázaro Cárdenas.

JW: Entonces Cárdenas era el heredero de la dinastía.

JAA: Sí, Cárdenas era su amigo... y se había declarado hijo adoptivo del general Calles, es decir, de todas sus confianzas. Y ya con Cárdenas en la Presidencia, vendría como director político Rodolfo Calles, a quien le dieron la Secretaría de Comunicaciones. Pero resultó que Abelardo Rodríguez había tenido oportunidad y tiempo de demostrarle a Cárdenas que en la política mexicana el mejor negocio, lo más duradero, lo más productivo, era dedicarse a los negocios. Y entonces, desde antes de entregar Abelardo Rodríguez a Cárdenas, ya se vio que Cárdenas también había aceptado la teoría esa de los negocios, y además que en cierto modo estaban de acuerdo Abelardo Rodríguez y Cárdenas para hacer a un lado al general Calles de la dinastía y de todas las ilusiones. Esto dio por resultado las famosas declaraciones que Portes Gil le había dictado a Ezequiel Padilla para que, como gata mansa, se sacara la aprobación de esas declaraciones al general Calles, que fueron publicadas en nombre del general Calles y que le dieron el pre-

texto a Cárdenas, de acuerdo con Portes Gil, con Padilla y con todo el clan ese, para desconocer al general Calles y echarlo fuera del país. De modo que, como se da usted cuenta, no es tanto la ideología política lo que manda en México, sino la demagogia, por lo menos en el periodo de Cárdenas, y creo que en los siguientes también; es decir, hablar mucho prometer maravillas y hacer poco.

JW: Portes Gil fue nombrado por el Congreso de la Unión en 1928, para convocar elecciones y para regir hasta que llegara el nuevo presidente. ¿Cree usted que Portes Gil fue escogido por Calles y que fue hechura de Calles?

JAA: ¡Absolutamente, me consta! Fuimos acompañando al general Calles, cuando se andaba escogiendo al sucesor, yo desde Monterrey donde era jefe de operaciones, y muchos del gabinete, a El Mante, una zona cañera ahora que entonces era terreno inculto, y que el general Calles estaba entusiasmado por hacer allí un gran ingenio para el país. Los que íbamos allí con el general Calles, en su tren, comiendo con él, nos dimos cuenta de que el licenciado Portes Gil hacía lo imposible porque el general Calles creyera en su agrarismo.

Al llegar al comedor, Aarón Sáenz y el general Pedro Almada, que eran de los íntimos del general Calles, y yo, murmurábamos que Portes Gil se desvivía por obtener atenciones especiales del general Calles. Entonces nos dijimos: "Mírenlo, este amigo cree que se le va a hacer la Presidencia".

Bueno, al poco rato se paró el tren y después siguió su camino. Nos habíamos quedado en el comedor con el general Calles, pero no nos sentábamos porque Calles no se sentaba, y luego oímos que él no se sentaba porque estaba esperando que llegara el licenciado Portes Gil. Era una atención inusitada para el señor Portes Gil que lo esperara el Presidente de la República para sentarse a comer, eso nunca había pasado. Ahí nos dimos cuenta que sí iba a ser Presidente, por eso lo supimos.

De manera que poco después, cuando regresó el general Calles a México con Portes Gil y compañía, yo me quedé en el norte y Portes Gil fue electo por el general Calles, y nada más que por el general Calles, como Presidente de la República.

JW: ¿Calles se fue a Europa muy pronto?

JAA: Sí, acabando la campaña contra Escobar, porque Escobar se levantó en armas a principios de 1929. En marzo de 1929 empezó el levantamiento y yo inicié las operaciones poquitos días después en Monterrey; tuvimos la batalla de Jiménez en que los hicimos pedazos y seguí por tierra. Emprendimos una marcha desde Monterrey a Torreón, Chihuahua, Ciudad Juárez, Casas Grandes, Chihuahua, hasta Aguaprieta, Sonora, donde se me unieron los restos que quedaban de las fuerzas de Escobar.

JW: El ingeniero Marte R. Gómez nos dijo que por haber repartido tanta tierra durante la Presidencia de Portes Gil en 1929, él tuvo muchas dificultades cuando Calles regresó de Europa hablando de reencauzar la Reforma Agraria. Gómez nos dijo que él tuvo que salir del país, especialmente después del atentado contra Ortiz Rubio; que a él lo implicaban en el atentado.

JAA: ¿Atentado? Nunca lo había sabido. ¿Usted me está preguntando eso?

JW: Sí. Usted estuvo en Europa en 1929, después de la rebelión escobarista.

JAA: Sí, cuando terminó la rebelión, el día cinco de mayo lo celebramos en Aguaprieta y luego fue cuestión de mover tropas, reorganizar todo y unos dos o tres meses después salí para Europa.

JW: ¿Estaba usted enfermo?

JAA: Sí, enfermo, y allá me operó un célebre médico francés, muy buen médico, el doctor Marion, y luego recorrí algunos países como Alemania, Italia, España, Francia, y vine a México el día 30 de enero de 1930.

JW: ¿Cómo entró usted al gabinete de Ortiz Rubio? ¿Cómo llegó a la Presidencia Ortiz Rubio? ¿Qué ideología tenía Ortiz Rubio?

JAA: Usted debe comprender que en países que siguen la institución de la imposición, no importan mucho las ideologías. Lo que importa es la voluntad del que manda, y sobra gente que se precipite a arreglar las ideologías convenientes para las campañas políticas. Ortiz Rubio sí era radical cuando estuvo en Michoacán de gobernador. Pero yo no lo conocía a él entonces. Después fue a Europa, tuvo puestos diplomáticos, y luego al Brasil. Allí estaba cuando lo llamaron a México para decirle que le había ganado en la campaña para elegir candidatos a Aarón Sáenz. Cuando él llegó dijo: "Pero cómo le gané si yo no he trabajado, no he hecho nada".

"Pues sí señor, usted es el candidato, porque es usted más radical, porque es usted un revolucionario de más confianza". Así, más vale creerlo. A mí se me hace que Ortiz Rubio estaba desligado de las cosas de México y que lo trajeron precisamente para que fuera instrumento ciego de los impositores, del general Calles. Considero también que aunque lo echaron fuera por indisciplinado, creo que fue más bien la ambición desbocada de los que estaban cerquita del general Calles, que lo acusaban constantemente de falta de lealdad hacia el general Calles para predisponer al general en contra de él, y que por fin lo echaran fuera.

JW: En la campaña de 1929, de Vasconcelos contra Ortiz Rubio, ¿qué puede contarnos de Vasconcelos?

JAA: Yo fui y soy un gran admirador de Vasconcelos. En aquel tiempo de la campaña, como estaban las cosas, no pude tomar participación porque en lo álgido de esa campaña yo estaba en Europa. Además, mi carácter militar

me cohibía y me impedía participar en la lucha política. De cualquier manera, yo tenía mil veces más simpatía por Vasconcelos que por Ortiz Rubio.

JW: Pero Ortiz Rubio le invitó a usted a unirse a su gabinete.

JAA: En cierta forma. Es un hecho acostumbrado en México que el que triunfa en una revolución luego va a la Secretaría de Guerra. Entonces muchas gentes creían que el general Calles, que tenía el nombre de “Jefe” cuando la campaña de Escobar, me pondría de Secretario de Guerra. Pero yo ni lo quería oír bien, me hacía el disimulado, porque en México pasan cosas incomprensibles. El general Calles me dio a entender en Europa que yo vendría al gabinete. No le demostré interés, ni hubo oportunidad de que él me dijera a dónde vendría yo. Cuando regresó el general Calles de Europa, a los pocos días me vine yo. Llegué a Monterrey y me llamaron de México, que debía yo de ir a una junta a la casa del general Calles con Ortiz Rubio; que me quería saludar. Fui y el general Calles tomaba la palabra de la política que debería dirigir, y dijo el general Calles: “Aquí el señor Presidente electo tiene deseos de hacerle a usted una súplica”.

Entonces Ortiz Rubio dijo: “Mi general, teniendo en consideración que a usted le gustan mucho las reconstrucciones de obras públicas, le ruego que acepté en mi gabinete el cargo de secretario de Comunicaciones y Obras Públicas”. Le dije: “Oiga usted —pensé, aquí me están tanteando, ésta no es la Secretaría de Guerra que me gané en la batalla de Jiménez—, señor Ortiz Rubio, se me hace que no tengo los requisitos para hacer un buen papel en la Secretaría de Comunicaciones. Además, por instancias del general Calles yo organicé una compañía en Nuevo León, en la que él, como presidente, estaba muy interesado en que no fracasara. El general Calles me llamó y me dijo: “Hombre, a mí me interesa mucho que se abra esta carretera para Laredo. Yo quiero que usted la tome”. Acepté y le dije: “Bueno, voy a buscar ingenieros mexicanos competentes que hagan esa obra”.

Entonces fundamos la compañía La Anáhuac, que trabajó rápidamente y con mucho éxito, porque nosotros nos conformábamos con muy pocas utilidades. El día que nos sacábamos el cinco por ciento de utilidades de lo del presupuesto, creíamos que era el gran negocio, porque trabajábamos por nuestro país. Con ese antecedente, cuando Ortiz Rubio me pidió que me hiciera cargo de la Secretaría de Comunicaciones, le dije: “Pero hombre, yo no puedo, ustedes saben que me metí a hacer esta carretera por el general Calles y ahora, ¿cómo voy a ser ministro y contratista?”

Entonces tomó la palabra el general Calles, antes de que hablara Ortiz Rubio. Es decir, la cosa era ya definitiva, y dijo: “No, de eso no tenga cuidado porque sencillamente usted renuncia como presidente de la Anáhuac, pone a un ingeniero de su confianza, honorable, enérgico, que

haga buena obra como usted la ha hecho, y usted se va a la Secretaría de Comunicaciones”.

“Sí, me parece muy bien —dijo el ingeniero Ortiz Rubio—, lo que dice el señor general”. Y allí resulté secretario de Comunicaciones.

JW: Como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, usted tuvo oportunidad de viajar por el país y en esos años México sufría por la crisis económica. ¿Quisiera contarnos cuánto afectó la depresión mundial a México, en términos económicos?

JAA: La situación era dolorosa, sobre todo en lo que se refiere al erario federal. Ya teníamos dificultades para pagar salarios, haberes de tropa, por falta de dinero, y entonces el señor Montes de Oca, secretario de Hacienda —que era un ogro con la cuestión de dinero— dijo que tenía que rebajarnos a todas las secretarías el 20 por ciento del presupuesto. En lugar de que nos pusieran el cien por ciento más, nos rebajó el 20 por ciento del presupuesto anterior.

JW: Entonces la manera de resolver la crisis económica fue gastar menos en vez de gastar más.

JAA: No en mi secretaría. Yo estaba empezando y aunque fuera con miserias y arañazos, dispuse que no se pararan las obras que me interesaban —que eran las del país—, que siguieran. Entonces tuve una plática con unos subjesos de la Standard Oil que estaban en México y les dije: “Miren, a ustedes les conviene que se gaste mucha gasolina”. “Pues claro”. “Bueno, para incrementar las obras de caminos en México necesitamos mucho dinero para que no se nos paren las obras sino que aumente mucho el ritmo del trabajo. Y la única manera es que ustedes me presten dinero —no al gobierno—, que me presten, que yo se los pago, y arreglo que con el producto del aumento en el valor de la gasolina se les pague lo que presten”.

Entonces me dijeron que veían la cosa con mucha simpatía, que iban a consultar a los Estados Unidos, y me dieron crédito. No recuerdo cuántos millones, pero me dieron crédito y durante el tiempo que estuve en la Secretaría se hicieron las carreteras de Acapulco a México, de México a Laredo, de México a Puebla, y de Matamoros y Reynosa a la frontera. Era una especie de “hobby” mío, le metimos mucha intensidad al trabajo.

JW: Eso explica que mientras toda la economía del país se contrajo —los gastos del gobierno se contrajeron—, resultó que el ritmo de la construcción de caminos aumentó, una cosa muy rara. Yo quería saber y preguntarle a usted si eso fue una manera de resolver la depresión en el gobierno. Porque los gastos del gobierno fueron reducidos en todos los sectores, mientras que en la construcción de caminos hubo aumento y la red de caminos siguió aumentando y fue la única cosa en las estadísticas económicas y sociales que aumentó durante la depresión; todo lo demás se redujo.

JAA: ¿Cómo supo usted eso?

JW: Estamos haciendo un estudio de la estadística social y económica de la Revolución. Pero los números a veces no hablan; se puede ver lo que pasó, pero no se puede entender.

JAA: En la Secretaría llevé como subsecretario a un individuo que no conocía, pero que tenía yo antecedentes de que era un ingeniero muy honorable y muy capaz, el ingeniero Carlos Blake, que después estuvo muchos años en Delicias, Chihuahua, donde hizo una finca para sembrar uva y otras cosas. Mi secretario, que está en México ahora, el capitán Báez, tiene todos los apuntes de quiénes eran los de la Standard Oil que me ayudaron mucho con dinero.

JW: Esa fue la única excepción en esa época. Una buena manera de resolver la depresión. Porque después aprendimos que la manera de resolver la depresión es que el gobierno federal gaste mucho, una regla económica en esos días. Pero en aquel entonces, ni los Estados Unidos ni México querían gastar. Decían y pensaban que el gobierno federal no debería gastar ni un centavo más de lo que tenía en caja; que no debía sacar créditos y que no debía hacer nada para impulsar la economía, porque después la economía iba a equilibrarse por sí misma. Después, en Estados Unidos, especialmente con Roosevelt, se gastaron millones de dólares del gobierno federal, que no tenía, para equilibrar la economía. Ya se ha vuelto regla económica en todo el mundo que cuando existen problemas económicos hay que gastar, gastar y gastar, porque el sector privado no tiene el dinero cuando se trata de revitalizar la economía. El único con capacidad crediticia para gastar el dinero es el gobierno federal. Y es muy interesante ver cómo usted impulsó la construcción de carreteras, en una época en que todo el mundo andaba por el otro lado, dispuesto a no gastar.

JAA: Muchas de esas cosas las hice sin pensar mucho en leyes económicas, sino más bien con el deseo de servirle de manera eficiente a mi país mientras yo estuviera en la Secretaría. Dio buen resultado y creo que fue un buen ejemplo.

JW: La construcción de caminos y redes de comunicaciones es lo más importante para un país, especialmente un país que no se ha desarrollado, que no puede desarrollarse si no hay comunicaciones.

JAA: Estoy enteramente de acuerdo.

JW: En la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas y trabajando por el país, ¿pudo ver usted mucho desempleo y mucha miseria del pueblo, durante la depresión?

JAA: En aquella época, sí. Todavía quedaban muchas muestras de miseria heredadas de la lucha revolucionaria. Las tierras que pudieran haberse sem-